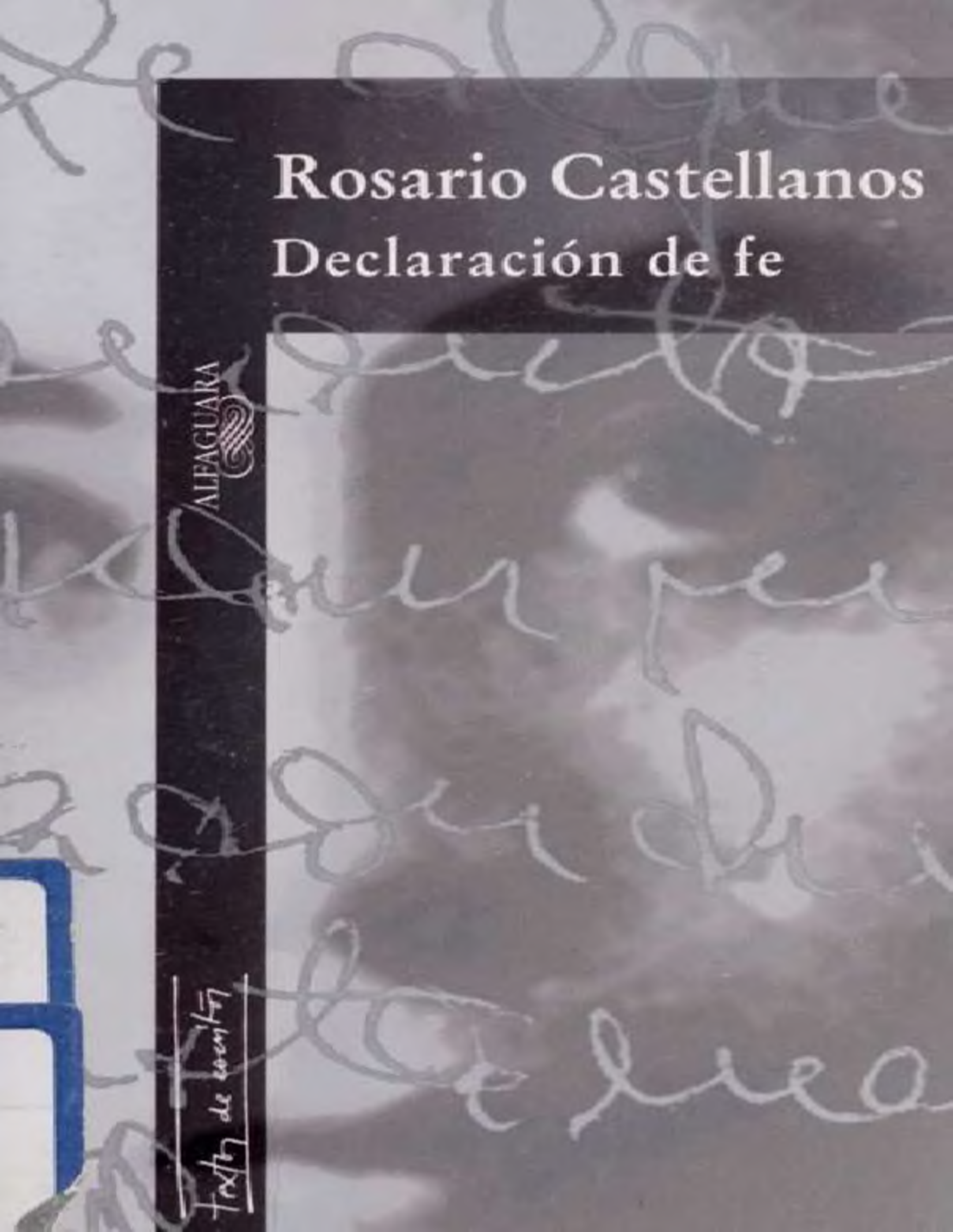
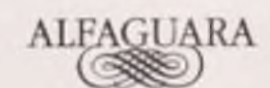

Rosario Castellanos
Declaración de fe
ALFAGUARA
Textos de escritor

Rosario Castellanos

Declaración de fe

Reflexiones sobre la situación de la mujer en México



DECLARACIÓN DE FE

De esta edición:
© D.R. 1997, Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara, S.A. de C.V.
Av. Universidad 767, Col. del Valle
México, 03100, D.F. Teléfono 688 8966

- Distribuidora y Editora Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara, S.A. de C.V.
  Calle 80 10-23, Bogotá, Colombia.
- Santillana S.A.
  Torrelaguna, 60-28043. Madrid
- Santillana S.A., Avda San Felipe 731. Lima.
- Editorial Santillana S.A.
  Av. Rómulo Gallegos, Edif. Zulia 1er. piso
  Boleita Nte. Caracas 1071. Venezuela.
- Editorial Santillana Inc.
  P.O. Box 5462 Hato Rey, Puerto Rico, 00919.
- Santillana Publishing Company Inc.
  2043 N. W. 87 th Avenue Miami, Fl., 33172 USA.
- Ediciones Santillana S.A.(ROU)
  Javier de Viana 2350, Montevideo 11200, Uruguay.
- Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara, S.A.
  Beazley 3860, 1437. Buenos Aires.
- Aguilar Chilena de Ediciones Ltda.
  Pedro de Valdivia 942. Santiago.
- Santillana de Costa Rica, S.A.
  Apdo. Postal 878-1150, San José 1671-2050 Costa Rica.



Primera edición en Alfaguara: julio de 1997
Primera reimpresión: abril de 1998

ISBN: 968-19-0377-3

Diseño:
Proyecto de Enric Satué
© Diseño de cubierta: Pablo Rulfo y Teresa Ojeda. Stega Diseño

Impreso en México

Índice

El primer ensayo de Rosario Castellanos fue Sobre cultura femenina , aparecido en la revista América , y que poco antes había sido su tesis para recibir la maestría en Filosofía, y que según ella misma y el testimonio de sus contemporáneos, fue premiada con mención honorífica, ante el asombro y el regocijo de asistentes y jurado por lo contundente y, al mismo tiempo, divertido del texto.

En él Castellanos afirma que no existe la cultura femenina en México, que la mujer no está preparada ni interesada en el pensamiento, que su única incursión en la cultura consiste en la poe-
J^ sía y la novela sentimental; (Tío soto no hay filósofas ni historiadoras, ni las lectoras atraviesan por estas disciplinas, sólo por la literatura rosa, "romántica".

Es obvio pensar que se ganó muchas enemistades. Su carácter crítico, irónico, contundente, le acarreó desconfianza entre sus contemporáneas (aquel ensayo fue publicado en 1950, dos años después que publicó su primer libro de poemas, Trayectoria del polvo , y uno después de su Apuntes para u na declaración de fe).

No abandonó el tema aunque Sobre cultura femenina no volvió aparecer en ninguno de

sus libros posteriores de ensayos y reseñas, y los fanáticos de Castellanos lo han visto apenas en un ciclo de conferencias dedicado a ella, en 1985, y que fue prestado por Elva Maclas, quien volvió a prestarlo para la exposición Materia Memorable ,, en 1995.

Acometió de nuevo el asunto en un ensayo sin título definitivo (que es el actual volumen, al que hemos titulado casi como uno de sus poemas definitivos, "Apuntes para una declaración de fe") en el que no sólo insistía en su tesis que, según sus palabras, revisa "Los móviles espurios por los cuales una mujer se dedica a actividades tan contrarias a su fisiología". Se traslada a épocas prehispánicas para revisar la situación de la mujer, considerada desde entonces como instrumento del mal para pervertir a los hombres más limpios e inocentes, cómo se convierte en la causa de todas las desgracias, hasta ser el motivo de la ruina y desaparición de varias culturas .

Su siguiente estación “la época colonial” en Sor Juana, es uno de los ensayos más brillantes salidos de la pluma de Castellanos, y uno de los estudios más lúcidos sobre la monja, sobre sus motivos literarios y extraliterarios.

Aunque no muy extensa, su visión de Leona Vicario en “la época independiente” desvía el camino hacia la radicalización del tema; no se detiene más que en uno de los mitos de la historia de México, Leona Vicario, y es en donde sale a relucir la pasión crítica de la poetisa, quien no tiene concesiones ni siquiera con la mártir más célebre de la época de la Independencia; no le concede ni la compasión por haber sobrevivido, y más aún, parido en cuevas, escondida de las tropas realistas. Su

posterior actuación, borrada de las páginas de la historia oficial de México, a Castellanos le parece lógica, la entiende, pero no la justifica, ni menos la perdona. Todos los heroísmos le parecen inútiles si no se convierten en algo más que ornamento, si no propician la igualdad intelectual.

Más radical es al revisar “la época actual", cuando, sin reírse, sin cebarse, hace añicos la literatura femenina de principios de siglo hasta la fecha en que escribió el ensayo, en 1959, casi diez años después de Sobre cultura femenina. Ni los nombres más prestigiosos de esos años se salvan de la mirada escrutadora de Rosario Castellanos. Su crítica imparcial, inmisericorde, sólo recuerda que se trata de literatura femenina porque es el tema del libro: no h ay co nsideración especial porque se trata de mujeres; no hay lástima, no las lee como perdonándolas, no las aprueba de entrada porque sean mujeres; hay que leerlas, criticarlas, escudriñarlas sin consideración a su condición sexual, sin chantajes, sin miramientos.

El texto se lee por sus propios méritos; sólo hay que recordar que en la época en que fue escrito se acababa de otorgar el voto a las mujeres, como si fuera una gran concesión. Son años en que el país comienza a reconocer la igualdad jurídica de las mujeres, en que ya salen a trabajar, y que las universidades se llenan de mujeres que no sólo aspiran a ser secretarias ejecutivas bilingües, sino que intentan entrar a lugares antes exclusivos para hombres, como el derecho, las

ciencias exactas, la filosofía. En que la literatura ya no es, o no debía ser, un pasatiempo, ni que los estudios profesionales sean para valorar mejor, con una dote superior, a las poseedoras de un título.

Si bien la mujer es protagonista por primera vez ya no de manera individual en la historia contemporánea de México, queda mucho por recorrer. Y una de las veredas más transitadas, la de la exigencia de una lectura menos comprometida, menos exigente, porque se trata de una literatura menor, de una literatura femenina, había que clausurarlo para siempre.

Este ensayo tiene una actualidad inesperada. Aunque muchos de los nombres mencionados en él quizá ya no dicen mucho a los lectores actuales, lo que importa es la visión aguda, fría, escrutadora hacia una literatura que debe leerse como literatura, sin consideraciones ni atenuantes. Debemos leerlo como una exigencia de la mejor escritora de su tiempo para sus contemporáneas, los lectores, los críticos y los literatos de todas las épocas, y con la única condición que le pone a todas las autoras: el rigor absoluto.

Eduardo Mejía

La mujer en el mundo indígena

<■



Es muy difícil tener una imagen exacta de lo que fue el mundo indígena antes de entrar en contacto con la civilización occidental. Muchos de los testimonios se han destruido. Los que se conservaron han sido interpretados por espíritus en todo ajenos —y aun contrarios— a la constelación de valores que regía el funcionamiento de ese mundo; además, las contradicciones que surgen de la comparación de los datos, y la pasión que ciega a los historiadores. Para algunos el paraíso terrenal estaba situado en la América precolombina. Otros no se cansan de anatematizar las culturas

prehispánicas como si no hubieran sido más que obra de inspiración demoniaca.

Algo es evidente: la distancia tan grande en la que nos hemos colocado. Desde allí juzgamos unos hechos que, sin embargo, no son tan remotos con el tiempo. A esa distancia el pasado nos parece exótico. Y, con una actitud malinchis-ta de evasión y fuga de nuestra realidad y circunstancias inmediatas, proyectamos (en lo que ya no existe) la perfección y la felicidad. O bien —al constatar cómo las instituciones han dejado de ser operantes; cómo sus expresiones artísticas nos resultan herméticas y sus signos intraducibies— reaccionamos con violencia. Hemos perdido la

llave para penetrar en ese mundo de feroces deidades y obsesivo deseo de sacrificio. Lo sentimos únicamente como un obstáculo levantado frente a nosotros. Y no entendemos que ese obstáculo ha de ser, para el desenvolvimiento de nuestra historia, lo que la resistencia del aire para el vuelo.

Así condenamos unas formas de vida de acuerdo con las categorías que regulan las formas de vida antagónicas. Porque no hemos llegado aún al grado suficiente de madurez como para comprender. Y carecemos todavía de la lucidez necesaria para advertir de cuántas maneras los ríos abolidos, la lengua enmudecida, las costumbres abandonadas, se perpetúan. Ocultas tras una máscara equívoca acechan en nuestra conducta, en nuestras reacciones más íntimas, en nuestro modo de entrar en relación con los demás y con nosotros mismos.

Pero basta de divagaciones y generalidades. Es preciso ir a lo único que está a nuestro alcance: la experiencia personal de la cultura precortesiana.

A quien lee por primera vez los textos indígenas, a quien contempla con atención sus monumentos y considera sus obras de arte, le sorprende encontrar una concepción matemática del mundo, una representación geométrica de la naturaleza y una expresión abstracta de lo humano. Observa, en todo el movimiento espiritual indígena, la intención de construir (sobre la multiplicidad de datos que entregan

los sentidos, sobre el tránsito de las cosas en el tiempo), el esqueleto sólido de un orden en el que los objetos se reducen a número, los espacios a proporción y los misterios a símbolo.

La raíz de esa necesidad de orden es el terror. Porque el hombre primitivo no capta, del ambiente que lo rodea, más que la amenaza. Y esta visión azorada se agudiza en el indio hasta el punto de convertirse en un verdadero sentido de la catástrofe. En esa orilla se mantuvo siempre expectante y angustiado. No era únicamente su particular manera de concebir el quiliasmo. Era la memoria del diluvio y de las muchas veces que fueron aniquilados los hombres. Era la crónica de sus largas peregrinaciones (cuando lloraban de frío y olían sus bastones para engañar el hambre), en las edades oscuras, antes de que se hiciera el alba de las tribus. Era la nostalgia por el reino perdido. Era el remordimiento por el destierro de un dios cuyo retorno anunciaban las profecías y era aguardado como se aguarda lo fatal: con una ambigua mezcla de miedo y de esperanza.

Situados en el centro de un alrededor de temibles potencias a las que era preciso aplacar constantemente con el sacrificio, su ademán fue la defensa. Lo mismo que el hombre primitivo frente “a ese loco furioso que es la naturaleza” reaccionaron tratando de ponerle, como decía Max Scheler, una camisa de fuerza. Esa camisa de fuerza es la creación de un orden cuya lógica no era, no podía ser aún, científica. La visión de los fenómenos estaba todavía entre los indios fuertemente teñida de afectividad y de sentimientos; resulta por ello muy lejos de la verdad objetiva. El ámbito que la mentalidad indígena construyó para moverse y actuar fue el de la magia que “encadena los acontecimientos en organizadas sucesiones y trata de interpretarlos e

influirlos de acuerdo con las alteraciones emocionales de los individuos ”. [1]

En ese orden estaban comprometidos, agrupados todos los objetos; obedeciendo a una jerarquía, adquiriendo un rango, ocupando un lugar y desempeñando una función. El orden descendía de lo alto. En los trece cielos superiores habitaban dioses de diferentes categorías, oficios y atribuciones, aunque todos emanaban de un primer

principio y una causa única. Su variedad no era producto del azar sino manifestación de la ley. En la sociedad humana el orden tomaba la forma de una división de castas: la sacerdotal, la guerrera, la de los mercaderes y la de los agricultores, cuyas obligaciones y privilegios se correspondían. Y por último en el submundo o infierno cada ser alcanzaba un grado de evolución determinado por su conducta anterior.

Tal era la tierra firme en la que el indio se movía y actuaba: un risco al borde del abismo. Cada gesto suyo estaba presidido por un canon. La minuciosidad y la complicación de su ceremonial nos muestran que el indio no se atrevía a tocar la realidad más que al través de formas consagradas. Consciente y temeroso de que la más insignificante violación podía romper la base de ese orden, siempre provisional, y desencadenar la catástrofe, siempre inminente.

Orden para conjurar el desastre, jerarquía opuesta al peligro de la destrucción, ésta fue la consigna del mundo precortesiano, el pilar sobre el que descansó.

Es lícito preguntarse cuál era, dentro de ese orden y esa jerarquía, el sitio designado a las

'Jorge Carrión, Mito y magia del mexicano.

mujeres,. Desde luego vemos que no es una posición fija ni inmutable sino que varía de acuerdo con las circunstancias en las que se desarrollaba la historia de los pueblos. Pero en general puede decirse que la preponderancia de un sexo sobre el otro está íntimamente ligada con el factor económico y con la capacidad mayor o menor que tuvieran para contribuir al mantenimiento del grupo social al que pertenecían. Durante la etapa nómada o ciclo de la caza se constituye un patriarcado, pues es el hombre quien suministra, casi de manera exclusiva, lo necesario para la subsistencia. Por ser la constitución biológica de la mujer inadecuada a tal género de vida no sólo se le consideraba como un elemento inferior sino también como un estorbo, como un lastre que la tribu tenía que arrastrar penosamente tras de sí. La maternidad era un valor de signo más bien negativo por lo que alteraba la precaria

economía tribal. Además, como se ignoraba cuál era la parte que correspondía al padre en la procreación del hijo, los hombres no podían ver en él ni un objeto de su propiedad ni una forma de la supervivencia.

Precisamente la imposibilidad padecida por las mujeres de acompañar a los cazadores en sus expediciones (impedidas por las molestias del embarazo y el parto) las obliga a permanecer en un lugar. Así se inicia la sedentarización. En el ocio forzoso al que la mujer se ve confinada, se despiertan sus facultades de observación. Atentamente sigue el proceso de vida y desarrollo de las plantas. Por casualidad (si no queremos conceder nada al espíritu de experimentación) descubre la manera de cultivarlas. Las cosechas, por exiguas

que fuesen, por estrechamente que dependieran del azar, representaban una ayuda para resolver el problema de la alimentación. Poco a poco, a medida que se conocían los secretos de los vegetales y se acertaba a domesticarlos, la importancia de esta ayuda lúe creciendo. Su regularidad se impuso sobre la intermitencia de la caza hasta convertirse en la fuente primordial de abastecimientos. Se inaugura de este modo la forma de explotación de la tierra llamada horticultura a la que corresponde, en la organización social, el matriarcado, del que el Popol-Vuh nos transmite una vivida imagen.

En el capítulo iv de este libro maya vemos cómo vivía una familia típica de este periodo: la familia de Ixmucané. Es este personaje, dice Rafael Girard , 2 quien descubre la planta silvestre del maíz y la domestica. Por este motivo asciende al plano teogónico y es venerada, no sólo por los mayas, sino también por los huastecos, como la madre del maíz. Entre ambos nombres —madre y maíz— existe una relación etimológica que aún se conserva en los dialectos derivados del maya.

Una gran serie de descubrimientos (aparte del maíz, el del frijol, el del algodón y muchas otras plantas útiles; el invento del telar y el del moldeado del barro, etc.) se realizan durante el periodo hortícola matrilineal. Entonces el trabajo incumbe casi exclusivamente a las

mujeres. Ixmu-cané, como caso ejemplar, atendía la huerta y las labores de la casa mientras sus hijos Hunbatz y Hunchoén eran “a un tiempo flautistas, cantores, pintores y talladoresAdemás de las funciones del sacerdocio que los hombres jamás abandonaron en manos de las mujeres. Ante esta familia

2 “El Popol-Vuh fuente histórica.”

típica se presenta íxquic, con el título de nuera. Pero es rechazada porque la descendencia sólo se reconocía por la línea materna y nadie podía incorporarse al clan si no era al través de la madre. A íxquic no la admiten más que después de probar su habilidad (una habilidad casi milagrosa) para recolectar una gran cosecha. A pesa r de todo es siempre considerada como una advenediza y sus hijos nacen, a escondidas de todos, en el monte. Pues en este periodo la maternidad era interpretada como el momento en que la persona de la mujer sufría la más grande humillación. Por lo mismo quien lo sufría debía ocultarlo como una vergüenza y como un estigma impuro.

Entre los hijos de Ixmucané y los nietos se establece una rivalidad. Los nietos conocen su linaje paternal y a él únicamente se atienen. Proclaman además el valor del trabajo y condenan la ociosidad en que vivían sus tíos. De la pugna resultan vencedores. Comenzaron entonces, dice el Popal-Vuh , sus trabajos para darse a respetar ante su abuela y ante su madre. Lo primero que tienen que hacer es la milpa. “Al salir de su casa le encargaron a su abuela que les llevara su comida. —A mediodía nos traeréis la comida, abuela, le dijeron. — Está bien, nietos míos, contestó la vieja.” Con esta frase de sumisión la mujer renuncia a la propiedad y al cultivo de la tierra, a su influencia dentro del ámbito familiar y a la averi gua-ción del linaje al través de la línea materna. Pero este consentimiento no era gratuito sino la consecuencia de causas económicas. Al crecer desproporcionadamente la población ya no bastó, para sostenerla, el fruto rendido por una parcela a cuya explotación se aplicaban medios muy rudimenta-

rios. Era preciso crear técnicas nuevas y usarlas en mayor escala, es decir, cambiar la horticultura por la agricultura. Y de esto sólo

pudieron encargarse los hombres. El patriarcado volvió a imponerse, y ahora más sólidamente, como una necesidad.

La mujer perdió de golpe su importancia. El nuevo orden había sido creado por los hombres para servir a sus propios intereses. Se instituyó desde luego la poligamia como una costumbre aceptadaJAunque la forma legal y característica del matrimonio fuera la monogámica, de hecho los guerreros como premio de sus hazañas, los nobles como privilegio de su riqueza podían ostentar tantas esposas cuantas fueran capaces de mantener. Por otra parte la manera de entender la maternidad había variado radicalmente. Asentadas las tribus, con el problema de su subsistencia resuelto de modo satisfactorio, con la idea del imperio alimentando sus ímpetus de expansión y de conquista, los hijos venían a ser un medio más para el logro de sus ambiciones, una nueva forma de propiedad y de dominio. En cuanto a la mujer, negándosele como se le negaba la calidad de persona, su única justificación será la utilidad social que preste. Y como ésta no la da su trabajo ni su inteligencia, la dará su cuerpo. Su valor consistirá en ser fecunda! Ser madre será la función esencial de la mujer y a ella debería sacrificarlo todo. La esterilidad era atribuida siempre como una culpa (se suponía que la mujer estéril tenía pacto con el demonio y traicionaba a los dioses de la tribu), era motivo de afrenta y causa dejdivorcio. Pero en cambio la fecundidad no era un mérito del que la mujer podía gloriarse, sino manifestación de la voluntad benéfica de los dioses.

Cuando la mujer participaba la noticia de su embarazo a la familia, todos se reunían a darle la enhorabuena en largos y ceremoniosos discursos y a festejar el acontecimiento con un banquete. Ocho meses después volvían a reunirse (ahora únicamente los parientes ancianos) en un convite en el que se acordaba la elección de la partera. Luego la mujer encinta era sometida a ceremonias purificatorias (el baño de vapor o temazcal) durante las cuales se invocaba la protección de las deidades de la tierra, del agua y / de la agricultura, todas ellas relacionadas con la fecundidad. Estas ceremonias eran de índole higiénica y preventiva. El acontecimiento del parto se consideraba tan importante y tan peligroso que su espera estaba rodeada de una serie de prohibiciones y tabúes. La futura madre se abstenía de ejercicios y comía únicamente alimentos

ligeros. No masticaba chicle pues su hijo podía nacer enfermo de la piel; bajaba los párpados ante el color rojo para que no cambiara de posición el feto. En caso de eclipse la mujer se ponía una máscara de maguey en el rostro y se escondía para que la maléfica disposición de los astros no la convirtiera en animal salvaje que devorara a los hombres. Si el eclipse era solar y lunar y la mujer no evitaba esta visión el niño nacía chato y con labio leporino. Ver a un ahorca do provocaba el nacimiento del niño con ej cordón umbilical enrollado al cuello. Para protegerse de tantos peligros la mujer se ponía un cuchillo de pedernal y obsid iana en el pecho.

Cinco días antes del alumbramiento se trasladaba la partera a casa de la mujer encinta y se encargaba desde luego de la confección de los alimentos.

Antes del parto se hacía tomar a la mujer una infusión de hierbas y otra de cola pulverizada de tlacuache y se le hacía entrar, las veces que fueran necesarias, al baño de vapor. La partera ayudaba a la parturienta con golpes, apretones y puntapiés, contribuyendo así, más que al fácil nacimiento del niño, a su muerte y a la de su madre. La partera, dice Sahagún, era el terror de las mujeres pues veían en ellas a sus verdugos. Si la mujer moría (cosa nada improbable dada la barbarie de los métodos usados para tratarla) se lavaba su cuerpo y sus cabellos y se la adornaba con sus mejores ropas. Al anochecer el esposo la conducía a cuestas a la tumba y detrás de él, formando el cortejo, iba un grupo de ancianas que velaban por la integridad del cadáver. Era preciso defenderlo pues los guerreros jóvenes intentaban apoderarse de él para cortarle el dedo mayor de la mano izquierda, amuleto de buen agüero que daba suerte y valor en las batallas. La mujer era enterrada en el templo de Cihuacoatl y los parientes mantenían allí la vigilancia, no fuera que los hechiceros violaran la tumba para mutilar el cadáver quitándole el brazo izquierdo. Con él hacían filtros y encantamientos que servían para proteger a los ladrones.

El alma de la mujer muerta en el primer parto era inmediatamente deificada pues había alcanzado un grado de heroísmo tan grande como el del soldado muerto en el campo de batalla. Tanto el alma de la una como del otro iban a formar el cortejo del sol, acompañándolo

en su trayectoria celeste. Pero el alma de la mujer podía, en ciertas épocas del año, volver a la tierra y aparecerse en forma fantástica. En las noches oscuras se escuchaban sus gritos y lamentos terroríficos. En los cruceros de los

caminos, en las calles apartadas se veía su espantable figura que buscaba niños pequeños para raptarlos. A los que escapaban de ella los enfermaba de la piel. Esa figura no se desvanece aú n. Vive todavía en la imaginación popular con el nombre de la Llorona.

Si el nacimiento era feliz se celebraba con un mes de fiestas a las que asistían los familiares y un sabio orador que recibía al recién nacido enumerando sus obligaciones y explicando a qué mundo había venido, encareciendo los trabajos y penas que tenía que pasar. Si el recién nacido era varón el cordón umbilical se enterraba en el campo de la guerra, indicando que allí estaría su vida. Si era niña el cordón umbilical se enterraba en el patio de la casa, porque allí transcurrirían sus días y ella no iba nunca a traspasar ese ámbito. Porque la niña habría de ser "como ceniza que cubre el fuego" y su presencia era para la casa "como el corazón para el cuerpo".

Toda la educación tendía a realizar el ideal femenino de los indios. Del niño se ocupaba el Estado, entrenándolo para la milicia o para el sacerdocio puesto que estaba destinado a encargarse más tarde de los asuntos de la república. En cambio la niña permanecía en el seno de la familia. La criaban, dice fray Bernardino de Sahagún, para sordomuda. No se le permitían las palabras ociosas. El silencio era apreciado (junto con la castidad y la diligencia) como una de las virtud es fundamentales. Muy pronto los mayores exhortaban a la niña n a comenzar a hacer lo que es de su oficio. O hacer cacao, o moler el maíz, o hilar o tejer"; a que aprendieran muy bien "cómo se hace la comida y bebida", a labrar y a hacer la pintura de las telas. Pues la mujer sólo podía trabajar, den-

tro y fuera de su casa, como "hilandera, tejedora de labores, costurera, guisandera". Había también, según la crónica de Sahagún, mujeres médicas que "son las que saben sangrar, purgar, untar el cuerpo, ablandar palpando lo que parece duro en alguna parte, concertar los huesos, sajar y curar bien las llagas y la gota y el mal de

ojo y cortar la carnaza de ellos". Sin embargo las ocupaciones de las mujeres eran tenidas como viles. Así lo prueba la frase de Hernando de Alvarado Tezozomoc cuando afirma que "no era otra cosa el fin de los mexicanos sino la victoria ganada en guerras y no estar sentados, haciendo oficios mujeriles, a oscuras". La tacha de vileza se extendía hasta los instrumentos de los que se servían para ejecutarlos y que eran declarados abyectos. Así lo dice esta sentencia que encontramos en el Popol-Vuh y que pronuncian los vencedores a sus enemigos vencidos: "No tendréis más que tejas, marmitas, cacharros", objetos, como dice la nota aclaratoria, propios para las tareas femeninas.

La mujer estaba siempre sujeta al dominio del varón. Mientras permanecía en su casa el padre tenía derechos absolutos y potestad de vida y muerte sobre ella. A este propósito encontramos un episodio muy ilustrativo en el capítulo iii de la segunda parte del Popol-Vuh , "la historia de una doncella, hija de un señor llamado Cuchumaquic", la cual por medios mágicos había concebido un hijo. "Entonces la adolescente llegó a su casa", "Seis lunas se acabaron. Entonces ella fue examinada por su padre", "el cual vio que allí había un hijo". "Por lo que ordenó: Oh, consejeros de los varones, sacrificadla, recoged su corazón en una copa".

Por lo que se ve la vida de la mujer no tenía valor. Sin embargo se le otorgaba un precio y ser-

vía como objeto de trueque. Así en el capítulo xi del Popol-Vuh se dice que los padres "pusieron precio a sus hijas; lo recibieron". Y en el capítulo siguiente se explica por qué cosas las cambiaban, enumerando: "Allí bebieron sus bebidas, allí comieron sus alimentos, precio de sus hermanas, de sus hijas". La venta se hace con una absoluta naturalidad y no como algo desusado o afrentoso. Y hasta se suscitaban entre los padres rivalidades de hombres de negocios. En el capítulo xlii se alude a conflictos pues las tribus "se envidiaban por el precio de sus hermanas, de sus hijas". La mujer en cambio no tenía derecho legal de poseer nada. Los bienes, a la muerte del pariente varón o del marido, les eran arrebatados ya que se las suponía jurídicamente incapaces de heredar.

La influencia de la mujer en los asuntos de La comunidad era nula. Los asuntos políticos, militares y religiosos se arreglaban sin su intervención. En cuanto al arte (literatura, escultura, arquitectura), lo cultivaban únicamente los hombres y, hasta eso, no cualquier hombre. El que se dedicaba a estas actividades tenía que ser admitido en una especie de gremio que tenía mucho de sociedad secreta donde las claves del oficio se transmitían únicamente a los iniciados. Es natural entonces que no encontremos el nombre de ninguna mujer ligado a estas actividades del espíritu. Fuera de su función de madre o de meretriz —es decir, de la utilidad que pudiera prestar a la tribu con su cuerpo— la mujer carecía de existencia licitaba soltería y la viudez eran vistas con recelo y menosprecio. En cuanto a las "adúlteras" y las "hermafroditas" que consigna Sahagún en su minuciosísima crónica, no es necesario siquiera

hablar de ellas pues, según el mismo historiador, "se contab an como muertas".

La mezcla de desdén y sadismo con que el indio trataba a sus mujeres no era, sin embargo, gratuita. Estaba racionalizada por una serie de mitos que analizaremos a continuación.

En primer lugar el mito del origen. El hombre y la mujer no estaban hechos de la misma sustancia. En el Popol-Vub se dice: "El tzité fue la carne del hombre; pero cuando por los Constructores, los Formadores, fue labrada la mujer, fue con el corazón de la hierba con la que se hacen las esteras", con lo que, podemos decir nosotros, se coloca bajo los pies. El principio femenino no es sólo diferente del masculino. Es también antagónico. La aparición de la mujer está concebida como la de lo accidental frente a lo esencial que es el hombre. En el poema de "La creación de las cosas", traducido por el padre Ángel María Garibay K. en su Épica náhuatl , se cuenta el episodio de este modo: los dioses, después de haberse complacido inventando al hombre, se pusieron a considerar que viviría triste "si no hacían para él algo que le produjera alegría". "Es menester —dijeron— crear algo que le haga tomar amor a la tierra, para que cante y baile, para que nos sirva y alabe. Oyó aquello el Dios del Viento y se puso a cavilar en dónde podría hallar lo que los dioses

pedían. Vino a su memoria el recuerdo de una hermosa doncella llamada Meyahuel.”

Su ser, pues, es función del ser de otro y si no es por el otro ni se explica ni se justifica ni se mantiene. Así en el Popol-Vuh , cuando muere el gigante Vucub-Caquix muere inmediatamente su mujer, Chimalmat, pues su existencia había cesado de tener base en qué sustentarse.

En otro aspecto la mujer es la materia colocada frente a la forma. Como muchas civilizaciones, la civilización nahoa identificaba lo femenino con lo terráqueo, “las tinieblas en su estado puro” como dijera Montherlant que no son más que una masa amorfa mientras no actúa sobre ellas el principio ordenador del espíritu que es solar y masculino. La Señora de la Tierra se describe así en el poema antes citado de la Creación de las cosas: “un monstruo grandioso, lleno de ojos y de bocas en todas sus coyunturas. En cada articulación de sus miembros tenía una boca y con sus bocas sin número mordía como muerden las bestias. El mundo está lleno de agua cuyo origen nadie sabe. Por el agua iba y venía el gran Monstruo de la Tierra. Cuando la vieron los dioses uno a otro se dijeron: es necesario dar a la Tierra su forma. Entonces se transformaron en dos enormes serpientes. La primera asió al gran Monstruo de la Tierra desde su mano derecha hasta su pie izquierdo, en tanto que la otra serpiente, en que el otro dios se había mudado, la trababa desde su mano izquierda hasta su pie derecho. Una vez que la han enlazado la aprietan, la estrechan, la oprimen con tal empuje y violencia que al fin en dos partes se rompe”. Y entonces, sobre las tinieblas, se hace el alba. “Semejante a un hombre era el sol cuando se mostró”, dice el Popol-Vuh. “Su faz ardiente secó la faz de la tierra” y petrificó a los peligrosos animales que la poblaban. “Quizá no estaríamos ahora desembarazados de la mordedura de los pumas, jaguares, víboras, cantíes, blancos entre-chocadores, quizás ahora estaríamos sin nuestra gloria si los primeros animales no hubieran sido petrificados por el sol.”

El principio benéfico debe resultar vencedor al oponerse al principio tenebroso y hostil encarnado en lo femenino. Así lo vemos también en el poema de Huitzilopochtli cuando éste “para libertar al pueblo de su mal y daño” le aconseja que abandone a la hermana del dios

(de nombre Malinalxóchitl pues ella poseía un poder "en encantos y hechicerías para matar a los que la enojaban. Manda ella a la víbora y al alacrán, al cientopiés y a la araña mortífera que los pique y así de ellos toma venganza". Una noche, mientras la hermana dormía, la tribu partió sin dejar rastro por donde ella pudiera averiguar el rumbo que habían tomado. Al darse cuenta Malinalxóchitl de lo que sucedía, empezó a lamentarse y quiso dar alcance a los fugitivos. Pero se hallaba preñada y su estado no le permitió seguirlos. En una región peñascosa dio a luz a un hijo al que puso por nombre Cópil. En él depositó su fe de venganza. El hijo, dice la crónica, "conmovido e irritado por las lágrimas maternas, prometió ir a buscar a Huitzilopochtli y procurar, por medio de artes y mañas, acabar con él y con los suyos. Indagaron sus pasos y supieron cómo moraban en Chapultepec. Fue Cópil entonces de pueblo en pueblo a encender los corazones de todos en contra de los mexicanos, publicando que eran hombres funestos, de malas y perversas costumbres. Las gentes y naciones, temerosas al recibir nuevas tan enormes, temieron admitir a tales gentes. Hecho su mal se subió a una montaña muy pequeña que emerge en la laguna, donde hoy brotan las aguas cálidas de una pequeña fuente. Allí quedó en espera de que los pueblos todos, conjurados en contra de los mexicanos, acabaran con ellos. Pero Huitzilopochtli vigi-

laba y mandó a sus sacerdotes que fueran a cercar aquella colina, que allí estaba Cópil. Que lo tomaran y una vez vencido le trajeran el corazón. Fueron ellos, llevando a cuestas a su dios. Vencieron a Cópil, lo mataron, sacaron de su pecho el corazón, y, después de ofrecérselo a Huitzilopochtli, fueron a echarlo a la laguna, en medio del tular y fue en la fuerza del empuje a caer en Tlalcocomolco; de ese corazón nació la planta de nopal salvaje en que más tarde hallaron el águila que marcó el asiento en que se levantara la ciudad de Huitzilopochtli" .

Hay también en el poema de Mixcoatl otro episodio en el que se narra muy bellamente la sumisión de las mujeres. Dice que los cazadores Xiuhnel y Mimich iban persiguiendo a dos siervos bicápites. Durante un día y una noche, por tierras escabrosas, caminaron preparando trampas pero los siervos sabían burlarlas. Hasta que, cuando ya iban a cogerlos, los siervos se convirtieron en

mujeres y comenzaron a gritar, diciendo: “Xiuhnel y Mimich ¿en donde estáis? Venid a comer; venid, venid a beber. Y así que ellos las oyeron, uno a otro se decían: llamémoslas aquí. Las llama entonces Xiuhnel y les dice: ven acá hermana. Ella llega y le dice: —Xiuhnel, bebe. Y Xiuhnel, tras beber la sangre, se tiende con ella, la oprime, la mordisquea y al fin la desfibra. Se vuelve a Mimich y dice: —he comido lo que es mío”.

“Allá está en pie la otra mujer llamándole y le decía: ‘Varón mío, ven y dígnate comer. Pero Mimich no la llama sino al momento dispone los maderos de hacer fuego y una vez que lo ha encendido se arroja al momento en él Mimich y la mujer le sigue, lanzada a él con presteza. En el fuego están los dos’. Ella al fin sale, se lanza fuera

y se aleja. Va lentamente apartándose, va trenzando sus cabellos, va haciendo el afeite de pintura de su cuerpo, va llorando porque lo suyo ha sido comido.”

Pero no basta la sumisión. Es preciso cambiar el signo de lo femenino. Hacerlo positivo, convertirlo en un elemento útil al grupo. Esto puede ser al través de la maternidad. En el mismo poema de Mixcoatl tenemos una narración de cómo sucede un acontecimiento de este tipo. Dice así: “Ya va en seguida Mixcoatl a conquistar a Huiznáhuac y en su camino encontró a una mujer de nombre Chimalman. Al momento pone en tierra su escudo y apresta sus flechas y su lanza dardos. Ella se yergue ante él enteramente desnuda: sin faldellín, sin camisa. No bien la miró Mixcoatl se puso a lanzarle dardos. El primer dardo que le asesta sólo sobre de ella pasa. Ella no hace más que encogerse, inclinando la cabeza. El segundo que le asesta, fue a dar al costado de ella y allí quedó doblado. El tercer dardo que él le asesta ella lo toma con la mano. El cuarto dardo que le asesta pasa saltando y va a caer entre los agaves. Cuatro dardos lanzó solamente Mixcoatl y se alejó en su camino. También la mujer huye luego y a un lugar va a esconderse que se llama las cuevas rojas. Regresa otra vez Mixcoatl, se aderezó y vino a lanzar dardos. Vino de nuevo a buscarla y la busca y no la ve. Entonces comienza a maltratar a las mujeres de Huiznáhuac. Ellas entonces dijeron: vayamos en busca de aquella a quien él ha venido a aprehender. Fueron y cuando la hallaron le dijeron: —te anda

buscando Mixcoatl; por tu causa a tus hermanas maltrata. Y la toman y la obligan y ella viene a Huiznáhuac. Y otra vez la ve Mixcoatl y

otra vez se enfrenta a ella. Ella es la misma, ahí está en pie, desnuda. Pero ahora tiene el cuerpo pintado de rojo y amarillo; allí se yergue, delante. Otra vez él pone el escudo en tierra, apresta sus dardos y de nuevo lanza sus tiros contra ella. Una flecha pasa arriba, otra se clava en su costado, otra su mano la coge y otra va a caer en medio de los agaves. Hecho esto, ya vencida, yace al fin con ella. De lo cual ella queda encinta. Cuando iba a nacer el niño por cuatro días se revolvió en el seno de su madre con fuerza impetuosa y al fin vino a nacer. Y al nacer la madre murió".

El sacrificio de la vida de la mujer se hace siempre en aras de la fecundidad. En el poema de Quetzalcoatl en Tula vemos cómo lo exigen los dioses y cómo se lleva cabo para propiciar a los que hacen posibles las cosechas. Muestra primero el poema a qué grado de hambre había llegado el pueblo, por haber padecido cuatro años de sequía. Y luego llega un mensajero de los dioses que "piden a Tozcuecueh, la vida de los mexicanos y si los dioses la comen a ella, aún habrá para los moradores de Tula sustento". "Por cuatro días hacen penitencia y ayuno los mexicanos. Y cuando acabó el cuatriduo, ya llevan a la doncella a Pantitlán. Su padre mismo la lleva y allí en seguida la mata [...] Y luego al punto se nubla y luego al punto llueve; llueve con fuerte aguacero y llueve por cuatro días; día a día, noche a noche, agua que da sustentos. Ya brotan las variadas legumbres y toda clase de yerbas; ya brota también la grama y el maíz crece medrando. Sembraron entonces los de Tula: veinte o cuarenta por uno de su campo se cosecha. Bien dado y muy bien logrado el maíz fecundo se dio."

El principio femenino es el que preside el nacimiento de la carne y el que la sustenta. Pero como la carne es lo que perece, lo que cambia y se descompone, lo que muere, es también femenina la deidad que vigila estas fases del ciclo vital. En la mitología maya es una diosa —Ixtab— la patrona de los suicidas a los que lleva a morar al paraíso situado bajo la sagrada ceiba. Entre los aztecas Tlazolteotl era la tierra que amando tanto a sus hijos, ansiaba volverlos a su regazo. No era únicamente diosa de los muertos sino también de la basura,

de los pecados. Los agonizantes se confesaban con ella suponiendo que “tragaba sus culpas”. Se la representaba de frente, vestida con la piel desollada de una mujer, significando la continua renovación de las generaciones y dando a luz a una criatura encadenada que representa a la especie humana.

Es también la mujer considerada como un instrumento pero por lo general para fines maléficos. Así por ejemplo en el capítulo xxvi del Po-pol-Vuh, al referir uno de los ensayos de creación intentado por los dioses, hicieron hombres tan perfectos que “acabaron de conocerlo todo, de mirar a las cuatro esquinas, a los cuatro ángulos en el cielo, en la tierra [...] Los Constructores, los Formadores, no escucharon esto con placer. No está bien lo que dicen nuestros construidos, nuestros formados. Lo conocen todo, lo grande, lo pequeño, dijeron [...] serán como dioses si no engendran, si no se propagan, cuando se haga la germinación, cuando exista el alba; solos, no se multiplican [...] Solamente deshagamos un poco lo que quisimos que fuesen [...] Entonces existieron también sus esposas, vivieron sus mujeres”. Con la misma intención los dioses nahoas se sir-

ven de Xochiquetzal, para perder a Yauhpan, que vivía como anacoreta en una montaña. “Subió, dice el poema de Tlaloc y Xochiquetzal, sobre una alta roca en escabroso desierto y en aquella roca de forma cónica llamada Tambor de Piedra se puso a hacer penitencia viviendo en castidad. Tuvieron recelo los dioses de que fuera fiel a su intento y le enviaron a Yaotl, el enemigo, que es una de las formas de Tezcatlipoca. Fue él a poner a prueba su virtud. Él envió una en pos de otra, varias mujeres que le incitaran al mal, pero Yauhpan resistió a todas las tentaciones. Al fin llegó Xochiquetzal 1 i disfrazada y se acercó a la roca y ganó la confianza del eremita y le rogó que le mostrara el camino para subir a la roca. El penitente baja y la sube a su morada. Allí olvida su penitencia y rompe su guarda de castidad. La diosa se aleja entonces. Una vez vencido el guerrero, está a merced de su enemigo. Este viene y lo mata.”

En el capítulo xxxvi del Popol-Vuh encontramos otro episodio en el que dos doncellas son enviadas por los jefes de la tribu para probar si son de origen divino unos mancebos que se les habían aparecido

exigiéndoles sacrificios humanos. Los mancebos prueban su divinidad despreciando a las doncellas.

Pero ahora vamos a ligar, de una manera mucho más directa, la idea de la mujer con la idea de la catástrofe. De esta manera nos quedará claramente explicado el sitio que ocupaban en el orden.

Son varios los hechos que consigna la mitología indígena. Se dice, por ejemplo, en el poema de la Creación de las cosas , que el diluvio —y con él la extinción del género humano— aconteció en el año en que "presidía la diosa de la Falda de Jade",

el consejo de los dioses. Y fue otra mujer, Xóchitl, quien durante el reinado del rey Tecpancaltzin se presentó llevando su descubrimiento de miel de maguey o pulque que es "como beleños, que sacan al hombre de su juicio, de lo cual mucho se apartaron y temieron los viejos y las viejas y lo tuvieron por cosa muy aborrecible y asquerosa, por cuya causa los senadores y señores pasados ahorcaron a muchos y a otros quebraron las cabezas con piedras y a otros muchos azotaron. Este vino es raíz y principio de todo mal y toda perdición, causa de toda discordia y disensión y de todas revueltas y desasosiegos de los pueblos y reinos, es como un torbellino que todo lo revuelve y desbarata; es como una tempestad infernal que trae consigo todos los males juntos. De esta borrachería proceden todos los adulterios, estupros y corrupción de vírgenes y violencia de parientes y afines; de esta borrachería proceden los hurtos y robos y latrocinios; también proceden las maldiciones y testimonios y murmuraciones y detracciones y las vocerías, riñas y gritas. También es causa el pulque de la soberbia y altivez y tenerse en mucho diciendo que es de alto linaje y menosprecia a todos y a ninguno esto ni tiene en nada y causa enemistades y odios; los borrachos dicen cosas desatinadas y desconcertadas porque están fuera de sí [...] El borracho es loco y hombre sin seso que siempre come el tlapatli y omiztli; éste tal es testimoniero y mentiroso y sembrador de discordias, hombre de dos caras y de dos lenguas [...] El borracho nunca tiene sosiego ni paz ni jamás está alegre ni come ni bebe en quietud. Muchas veces lloran estos tales; siempre están tristes, son vocingleros y alborotadores de las casas ajenas; después que han bebido cuan-

to tienen hurtan de las casas de sus vecinos las ollas y los jarros y los platos y escudillas; ninguna cosa dura en su casa, ni medra. No tiene qué vestir ni con qué cubrirse, ni qué calzar, ni tiene en qué dormir; sus hijos y todos los de su casa andan sucios y rotos, porque el borracho de ninguna cosa tiene cuidado". Éste fue el don que Xóchitl hizo a su pueblo y para premiarla el rey Tecpancaltzin se desposó con ella. Tuvieron un hijo —Meconetzin—, quien comenzó a cometer delitos. La nación toda siguió su ejemplo y el rey, la corte y los vasallos, todos se anegaron en vicios; reinaba doquiera la disolución. Tal fue el fin del reino de Tecpancaltzin.

El fin del reino de Quetzalcoatl fue precipitado también por una mujer. Lo cuenta así fray Ber-nardino de Sahagún: "Y el Huemac, que era señor de los toltecas en el temporal, porque el dicho Quetzalcoatl era como sacerdote y no tenía hijos, tenía una hija hermosa y por la hermosura codiciábanla y deseábanla los dichos toltecas para casarse con ella; y el dicho Huemac no se la quiso dar a los dichos toltecas. Y la dicha hija del señor Huemac miró hacia el tiánquez y vio al dicho tobeyo (indio forastero, desnudo todo el cuerpo como solían andar aquellos de su generación), y después de haberlo visto la dicha hija entróse en palacio y antojósele aquel tobeyo, de que luego comenzó a estar muy mala por el amor de aquello que vio; hinchósele todo el cuerpo y el señor Huemac supo cómo estaba muy mala la hija y preguntó a las mujeres que guardaban la hija: ¿Qué mal tiene mi hija? ¿Qué enfermedad es ésta, que se le ha hinchado todo el cuerpo? Y le respondieron las mujeres diciendo: Señor, de esta enfermedad fue la causa y ocasión el indio tobeyo que andaba desnudo y vuestra hija lo

vio y está mala de amores". Por lo que el Huemac envió a buscarlo y una vez que fue hallado y llevado a su presencia se le desposó con su hija. Esto, naturalmente, dio lugar a las murmuraciones y las envidias de los nobles que se veían pospuestos por un esclavo en el favor del rey. Empezaron entonces a armar asechanzas pero el tobeyo (que no era más que una forma de los poderes oscuros que deseaban la ruina de Quetzalcoatl), supo esquivarlos y vencer hasta convertirse en el héroe del país, preparando así la decadencia y destrucción de éste.

Los mitos norman la vida de los pueblos. Intervienen en la conformación de su realidad y sirven de clave para interpretar los acontecimientos históricos. El mito no sólo recoge elementos de la experiencia del pasado y los ordena de acuerdo con ciertas categorías mentales, sino que prefigura el porvenir y lo provoca. El profeta, al hablar de lo que vendrá, está tratando de determinar los hechos, de moldearlos adaptándolos a los más secretos y constantes anhelos y modos de ser de su raza.

Los indios al recordar tan vividamente las catástrofes pasadas estaban preparando las futuras. Fue esa expectación la que atrajo a los conquistadores hasta el corazón del país donde, con tanta intensidad, latían los presagios. Y para que nada faltara en el esquema psicológico del indio la catástrofe vino, una vez más, guiada por la mano de una mujer: la Malinche.

La mujer en el mundo novohispano

X

Las culturas precolombinas no perecieron asesinadas. La imagen de Spengler —el paseante que con su bastón decapita una flor del sendero— no tiene la belleza de la exactitud. La Conquista no hubiera sido posible si un principio de descomposición interna no minara las sociedades indígenas. Muchas veces antes se había repetido, en las tierras americanas, el fenómeno de la decadencia y desaparición de las culturas, aun de aquellas que habían alcanzado estadios de evolución tan altos como la maya. ¿Por qué las tribus abandonaban, de pronto, sus fundaciones prósperas, abolían los descubrimientos de su inteligencia y soltaban los dominios de su fuerza para dispersarse y partir? Buscaban el desierto y la selva, empezaban otra vez, desde la base, su trabajo civilizador. Las causas son siempre hipotéticas, atribuciones hechas hoy para justificar una conducta que sigue permaneciendo oscura. Resulta estremecedor pensar en que definitivamente volvían la espalda a su pasado, ¿era por una falta absoluta del sentido de la continuidad, sentido siempre tan presente en el alma europea? ¿Era cierta falla en la potencia de la memoria?

Sólo sobre estos factores podían operar tan eficazmente los imperativos religiosos o políticos, los desastres naturales que los obligaban a

dejar atrás cuanto habían construido. Centros como Palenque o Bonampak —que hoy se investigan y se descubren y asombran por la riqueza de su arte, por las elaboradas cosmogonías que delatan— no fueron conocidos por los españoles. Y no por falta de curiosidad de éstos ante los modos de ser de los demás pueblos sino porque desde siglos atiás había caído, sobre esas ciudades ceremoniales y sagradas (peor que la invasión vegetal y que la paulatina melladura del tiempo) el desamparo y el olvido de los mismos que los erigieron.

Un ímpetu que al llegar a su punto más alto se desmorona sin ruido, como la ola que no puede sostener —más que momentáneamente— su espuma, tal era la curva de apogeo y declinación del espíritu indígena. Las querellas y rivalidades entie los grupos, la injusticia de su organización social, la inferioridad de su técnica y, en no menor grado, su atención a las voces proféticas, hicieron que la Conquista no sólo fuera posible sino necesaria. Pero no como el choque catastrófico de dos astros distantes e irreductibles sino como la complementación y el embone perfecto de los huecos y salientes de dos trozos de un mismo rompecabezas. Ante el arraigado sentimiento de culpabilidad y el clamor y la exigencia de castigo, vigente entre los indios, se alzaba el optimismo español, con su seguridad de ser el pueblo elegido de Dios para cumplir sus designios sobre la tierra. Ante unos dioses que debían ser alimentados por la sangre de los hombres, un Dios que había derramado su sangre para la salvación del género humano. Ante una raza “espectadora por excelencia”, otra para quien la relación más habitual con el mundo circundante no era la teórica

sino la brutalmente activa. Junto al asombro (cualidad tan propia de los niños y de los sabios) que paraliza al asombrado, ese no de advertir la novedad, no concederle ninguna consideración a lo extraño o raro sino precipitarse ciegamente a destruirlo. Contra la debilidad del que reflexiona sobre el valor de sí mismo y no acaba nunca por admitirlo, la seguridad (que hace invulnerable a quien la

tiene) de que es lo mejor y todo lo que no es como uno es malo, despreciable y feo.

De aquí los dos polos de atracción, el imán y el acero. Pero no se juntaron en un relámpago deslumbrante. Fue una labor secular de grandes ajustes, de conciliaciones aparentemente imposibles, de compromisos tácitos, de pactos. En el terreno religioso fue donde con mayor dificultad se avanzó hasta encontrar un punto de coincidencia. Pero, a pesar de que el dogma es rígido y no admite concesiones, la práctica se permeó inmediatamente de las ideas y costumbres aborígenes. Así como sobre el teocali se levanta el templo católico y en la serpiente emplumada (enroscada alrededor de sí misma) se ha cavado la pila bautismal, así también sobre la fecha de una celebración pagana se incrustó la imagen de algún santo casi anónimo que de pronto empezó a gozar de una sospechosa popularidad. Y detrás de los altares cristianos, trozos de ídolos derribados. El pueblo sigue adorando con el mismo fervor de antes, poniendo en juego idénticos mecanismos psicológicos, sin advertir bien cuál es la sustitución que se ha operado en sus divinidades.

Encontramos también un magnífico campo de observación de este tránsito en el terreno del arte. El esquematismo, la tendencia abstracti-

va del indígena, no desaparecen devorados por la exuberancia barroca sino que, obligados al ocul-tamiento y al disimulo, rastrean nuevas síntesis para expresar las realidades nuevas y conjurar el terror que le provocan. Así las representaciones de Cristo (en la escultura peninsular tan minuciosamente realistas) son, en manos del tallador mestizo, reducidas a los elementos esenciales: la cabeza, las manos, los pies. Y colocados en orden geométrico a lo largo de la cruz, los instrumentos de la pasión.

En lo político se pasó de la pluralidad de señoríos a la centralización del poder en una sola cabeza. Y la idea del imperio (que los aztecas habían tratado de realizar, en provecho propio naturalmente) alcanzó a ser un sol que no se ponía nunca. La pasión por la jerarquía asumió nuevas formas pero ahora ya no emanadas del miedo sino para añadir esplendor a la noción del individuo (traída por los

conquistadores y que constituyó el colectivismo indígena) que se distinguía y se diferenciaba por el rango de su situación en el mundo y por la posesión de propiedades.

Ahora bien, ¿cuál era, dentro de esta nueva organización, el sitio destinado a la mujer? Si la Malinche hubiera, aunque inconscientemente, buscado para ella y para sus compañeras de sexo un mejor acomodo en un orden más clemente, ¿se habría sentido satisfecha con el resultado de su acción? Examinemos, aunque sea muy remota, esta posibilidad.

La concepción cristiana del ser femenino no es antagónica de la concepción indígena, pero tampoco es idéntica. Representa un progreso, un matiz más favorable al conceder la igualdad últi-
ma de las almas frente a su creador y al admitir que el sexo no es un obstáculo insalvable para las posibilidades de gracia divina y de salvación. Pero desde luego la semejanza in extremis no contradice ni modifica la desproporción concreta y la inferioridad cotidiana de la mujer.

Esta condición arranca desde el origen de la humanidad. En los primeros versículos del Génesis se dice cómo fue la formación del hombre: la obra directa de Dios sobre la materia a la que insufló su propio hálito. Y después, para ayuda y complemento del varón, fue hecha la mujer, no de una sustancia distinta, como en las mitologías americanas, sino de un trozo del cuerpo masculino: la costilla que le fue extraída a Adán durante el sueño.

La interpretación de este hecho hay que buscarla en un filósofo autorizado por la Iglesia para opinar. Ninguno mejor que Santo Tomás de Aquino, quien analiza primero el significado de la palabra ayuda. La ayuda, dice, no podía haber sido más que para la generación. Pues para cualquiera otra obra más convenientemente podía ayudar al hombre otro hombre que no la mujer. En el artículo m de la cuestión xcvm de la Suma Teológica afirma que “fue conveniente hacer a la mujer de la costilla del varón. Para significar la unión conyugal que debe existir entre el hombre y la mujer. Pues ni ésta debía dominar al marido y por eso no fue formada de la

cabeza. Ni ser despreciada por él como una esclava, por cuya razón no iue tomada de los pies".

Pero se sabe también que esta dignidad original de la mujer fue disminuida a causa de que, por su desobediencia a los mandatos divinos, se perdió el Paraíso. Para castigar su culpa en el ver-

sículo 16 del Génesis se formula una maldición que habría de convertirse en la norma ética para regular las relaciones intersexuales: "Multiplicaré tus trabajos y miserias en tus preñeces. Con dolor parirás a los hijos y estarás bajo la potestad o mando de tu marido y él te dominará". En el transcurso del desarrollo histórico del pueblo judío la idea de la culpabilidad encarnada en la mujer, y por consiguiente la necesidad de la sumisión a que debía sujetarse, fueron cristalizando en leyes. Así encontramos en el Levítico numerosas y complicadas advertencias sobre los tiempos en los que era ilícito acercarse a ella y en los que era preciso declararla impura, prohibiéndola tocar "ninguna cosa santa, ni entrar en el Sagrario, hasta que se cumplan los días de su purificación". Por lo demás la existencia femenina era un accidente cuya justificación era posible sólo al tomar en cuenta su papel de colaboradora en la generación. El patriarcado judío concedía una importancia desmesurada a este hecho al través del cual perduraba la raza, el nombre, la memoria y las propiedades del hombre. De ahí la escrupulosidad con que era necesario vigilar la pureza sexual de la conducta femenina, el valor principalísimo otorgado a la virginidad, los castigos tremendos determinados para el adulterio y hasta la costumbre del levirato, consistente en que la viuda debería pasar a ser la esposa de cualquiera de los hermanos del muerto, para asegurar la supervivencia de éste.

Tampoco gozaba la esposa de una situación privilegiada en el hogar. Aunque no cometiera ninguna falta grave estaba sujeta al arbitrario capricho del marido que podía darle carta de repudio a voluntad. El Evangelio vino a suprimir esta

posibilidad de injusticia al declarar indisoluble el matrimonio, aunque dentro de él la situación de la mujer apenas se hubiera modificado. Pero aparte de esto y de aquella turbadora pregunta que

Cristo dirige a su madre: “Mujer, ¿qué hay de común entre tú y yo?” no encontramos en los Cuatro Libros ninguna alusión más al tema que nos ocupa. Es San Pablo el que ataca el asunto reafirmando la validez de las viejas tradiciones judaicas.

En la Epístola a los Corintios (capítulo xi) se reitera la inferioridad femenina con respecto al varón y se establece que aquélla “debe traer sobre su cabeza la señal de la sujeción, por respeto a los ángeles”. Por lo mismo se le prohíbe expresamente hablar en las asambleas religiosas. En cuanto a la mujer ideal según la concepción cristiana está expresada en la Epístola a 7 imoteo donde dice el apóstol que las mujeres han de ser “honestas y vergonzosas, no chismosas o calumniadoras, sobrias, fieles en todo”. Para formar las según este molde es preciso darles una educación donde se enseñe a las jóvenes a amar al marido y cuidar de los hijos. Es en la patrística donde el principio femenino es juzgado con una absoluta antipatía. Esta actitud no es gratuita. Nace de la división tajante, llevada a cabo por el cristianismo, entre los conceptos de alma y cuerpo y de la calificación correspondiente a cada uno de ellos. Lo que a primera vista parece menosprecio del cuerpo no es más que la excesiva dignidad que se le confiere. San Pablo lo llama “templo vivo del Espíritu Santo” y es por esto que debe ser respetado, no entregado a torpezas y a desordenados placeres. Pero la capacidad de entender la importancia del cuerpo (su función es ser el instrumen-

to más inmediato de los propósitos del alma así como su obstáculo más difícil de superar) es un atributo mejor desarrollado en los hombres que en las mujeres. El hombre parece más apto para someter a su cuerpo al adiestramiento necesario (disciplinando sus sentidos, refrenando sus impulsos y negando instintos) que lo hace dócil a la luz rectora de la inteligencia, convirtiéndolo en el camino que conduce a la salvación. Sin embargo para ejercer esta actividad es preciso que exista una delimitación clara entre las dos naturalezas: la corporal y la anímica. Sólo colocándose a cierta altura una de ellas puede actuar sobre la otra, dominarla o dirigirla. Pero cuando ambas naturalezas están amalgamadas, fundidas hasta el punto de resultar casi imposible distinguir una de otra, cuando el cuerpo es como un velo muy espeso que impide la visión de ninguna otra realidad que no sea la física; cuando sus urgencias son tan imperativas que

ensordecen para las solicitaciones de toda otra vocación; cuando cualquier tentativa de sobreponerse a esta primera dificultad tiene por resultado no la realización de alguno de los valores culturales (arte, ciencia, filosofía) o el logro de la santidad, sino la aparición de formas morbosas de la conducta y de enfermedades psico-somáticas como la histeria, entonces no queda más alternativa que declarar en la mujer (que es quien presenta todos estos síntomas) una enfermedad constitucional. Eso fue lo que hizo la patrística. Observando los constantes fracasos femeninos para superar su corporalidad predominante no titubeó en definirla como se lo merecía. San Agustín (tan buen conocedor del pensamiento aristotélico que hace de la mujer un varón atra-

sacio) la considera menor que el hombre, en poder y en dignidad, “puesto que el agente es más noble que el paciente . Otros autoies, más apasionados, llegaron más allá de la descripción del fenómeno y de sus causas. Llegaion hasta el insulto, desahogo de esa impaciencia que produce estar debatiéndose en el núcleo de una materia viscosa, pesada y amorfa. Tertuliano exclama entonces: “Mujer, tú eres la puerta del infierno, tú has persuadido a aquel a quien el diablo no osaba atacar de frente. Es por motivo tuyo que los hijos de Dios deben morir. Tú deberías siempre ir vestida de duelo y de harapos”. Y San Juan Cri-sóstomo constata que en todas las bestias salvajes no se encuentra nada más vil que la mujer. Santo Tomás, que no pierde nunca esa admirable línea de serenidad y de equilibrio, pacientemente va exa minando, sopesando, todas las cuestiones referentes a este problema y resolviéndolas de tal manera que guarden armonía y proporción con las ideas fundamentales que sustentan toda su doctrina y que provienen tanto de la revelación como del sentido común, robustos pilares capaces de soportar la más grande arquitectura. En el artículo primero de la cuestión quinta de la Suma Teológica dice que “Respecto a la naturaleza particular de la mujer es algo imperfecto y atrasado. Porque la virtud activa que está en el semen masculino tiende a producir su semejante perfecto del mismo sexo, ó la causa de que resulta engendrada hembra es, o bien la debilidad de la virtud activa, o bien una indisposición de la materia o acaso alguna transmuta ción procedente de fuera como de los vientos australes que son húmedos. Pero considerándola bajo el aspecto de la natura universal la hembra

no es un efecto fallido sino intentado por la naturaleza con destino a la generación". "Por eso la mujer está naturalmente sometida al hombre en quien hay más discernimiento de razón."

Esta manera de conceptuar no fue sólo intelectual sino que se reflejó poderosamente en las costumbres. En los países europeos cristianizados (más concretamente en España, que nos interesa por su acción e influencia en el Nuevo Mundo), la situación de la mujer en la sociedad estaba condicionada por este cúmulo de prejuicios pero también por las circunstancias económicas y políticas y todas ellas le eran desfavorables. Las guerras constantes en las que España vivió envuelta, crearon un clima irregular de violencia donde el elemento principal para la vida lo constituía la fuerza. Vive el que vence y vence el más fuerte. La mujer padece entonces todas las desventajas de su constitución físicamente más débil. Sometida a la autoridad omnímoda, del padre primero, del marido después, su existencia transcurre dentro de una perpetua minoridad. Por lo demás las leyes se hicieron no para manumitirla sino para remachar el clavo de su dependencia. Su incapacidad de heredar (que se discute todavía hoy en la Península), su imposibilidad de divorciarse la subordinaban muy eficazmente a los intereses masculinos. Su cuerpo se convierte, además en el receptáculo de una idea abstracta: la del honor. En el cuerpo femenino se susenta la tama de todos los hombres de su raza y cualquier mal empleo corporal, cualquier apariencia sospechosa puede empañarla y destuirla. El castigo es la muerte. No tiene ningún derecho a continuar existiendo, ninguna justificación para estar en el

mundo, un cuerpo que no ha sabido ser fiel al tesoro que se le ha confiado.

Como era de esperarse las mujeres tenían que recurrir a mil argucias para evadir una carga cuya importancia no comprendían. Y es así como vemos, en toda la literatura española, al marido y al hombre celoso, vigilante de la conducta de las mujeres a su cargo, así vemos también a las mujeres enredadoras, hipócritas, ingeniosas, para lograr el término de sus deseos sin exponerse a consecuencias funestas. Siendo, por otra parte el horizonte de sus intereses y de sus actividades muy limitado (ni la política, ni la guerra, ni el estudio)

toda su energía, toda su imaginación se concentraba en resolver sus problemas sentimentales y sensuales. Las tapadas cruzando callejuelas oscuras; las doncellas, que en disfraz de hombre o de villana recorrían los caminos en busca de un amante esquivo, tipos tan abundantes en la novela, en el teatro españoles de los siglos de oro, muestran, no que la mujer careciera de libertad, sino que su libertad sólo podía emplearla en el mal, en la burla de la ley y destruyendo su propia honra. Dar otro cauce a sus inquietudes y a sus capacidades era una actitud insólita. No podemos saber hasta qué punto otras direcciones carecían de atractivos para ellas o si los vedaban las circunstancias. Pero ateniéndose únicamente a los hechos era natural que su prestigio no fuera muy alto ni muy envidiable. Conocedores de su fragilidad y de lo expuestas que se encuentran a todas las tentaciones y de la poca convicción con la que aceptaban el papel que la sociedad les había impuesto, los hombres tenían no sólo que vigilar sus posibles desmandos sino que evitarlos desde la raíz. Otra vez el

problema vuelve a ser el de su educación. Fortalecer su alma, modelarla para el servicio que iba a prestar, inculcarle la certidumbre de que su cuerpo no era propiedad suya y por lo tanto no le era lícito disponer a voluntad de él. Los tratadistas del tema apelan, para fortalecer sus consejos, a la tradición cristiana. En el siglo xv un filósofo español, Juan Luis Vives, recopila todos los puntos de vista que se consideran ortodoxos a este respecto y agrega los suyos propios en su obra Instrucción de la mujer cristiana. Allí declara que el fin primordial de la educación es hacer de la muchacha no tanto una letrada ni bien hablada como una buena y honesta mujer. 'Aprenderá presuntamente letras, hilar y labrar que son ejercicios muy honestos y muy útiles a la conservación de la hacienda y a la honestidad que debe ser el principal cuidado de las mujeres.” Y como el pensamiento de la mujer “no es muy firme sino movible y ligero y en poco espacio de tiempo corre mucha tierra y a veces mala y llena de cien mil riscos mortales es necesario mantenerlo siempre ocupado o no dar lugar a la ociosidad que es la puerta más franca para que entre el desvarío. Aparte de las labores manuales se cuidará entonces el preceptor de las propias intelectuales. Pero es preciso escoger bien la materia que alimentará la inteligencia como se escogen los manjares de los niños. Se les dará los que puede asimilar

y los que no resulten dañosos.” Dice Vives que “cuando le enseñaren a leer sea en buenos libros virtuosos”; “y cuando le mostraren a escribir no le den materia ociosa o vana sino alguna cosa sacada de la Sagrada Escritura o alguna sentencia de castidad tomada de los preceptos de filosofía, la

cual escribiéndola una y muchas veces, se la imprima firmemente en la memoria”. “Ahora, los libros que se deben leer no hay quien no sepa de algunos como son los Evangelios, los actos de los Apóstoles y sus epístolas (que es todo el Testamento nuevo), el testamento viejo, San Cipriano, San Jerónimo, San Agustín, San Ambrosio, San Hilario, San Gregorio, Boecio, Lactancio, Tertuliano, y de los gentiles Platón, Séneca, Cicerón, y otros semejantes. Y esto quiero que se entienda de las mujeres que son latinas; las otras busquen otros libros morales o de santos, sacados de latín en romance, como son las Epístolas de San Jerónimo y las de Santa Catalina de Siena; los Morales de San Gregorio y el Cartujano; Boecio, de Consolación; Tulio de Oficiis; Petrarca De próspera y adversa fortuna; Gerson y otros libros de esta calidad.” (Por lo que vemos no se menospreciaba tanto el entendimiento femenino cuando se creía que era fructuosa la frecuentación de autores de tan alta doctrina y difícil interpretación.) Pero ninguno de estos conocimientos es fecundo si no está respaldado (y respalda) una sólida virtud. “En tanto grado pensaban los gentiles que la virginidad está unida con la sabiduría que dijeron cómo las musas que son las que a su voluntad reparten las ciencias, eran todas vírgenes." Todo lo ponga en peligro de corromper esta pureza debe ser evitado con decisión y energía. Vives “no permite ni es su voto que las doncellas aprendan música ni menos que se huelguen de oírla en ninguna paite, ni en casa ni fuera, ni a puerta ni a ventana, ni de día ni de noche. Pues que no sin causa San Atanacio dispuso con hartas razones probables y argumentos que aun en la iglesia no había de

haber músicas ni sones muy delicados, si no cuanto era necesario para alabar a Dios y esto no porque a Dios se le debe todo loor y gloria, antes todo lo que podemos dar es muy falto y muy poco para su Divina Majestad, sino por los desconciertos y deshonestidades y poca devoción en que muchos se solían divertir con la música”. De igual modo se reprueba el baile, las conversaciones de galantería, la

lectura de obras de imaginación, principalmente novelas, la poesía erótica, las representaciones teatrales, en suma, todo lo que pueda excitar el temperamento femenino “naturalmente más inclinado a cosas de placer que el del varón”.

Esta educación servía para modelar a una persona hasta convertirla en un ser apto para el matrimonio, imbuido del respeto a la santidad de esta institución o, en su defecto, capacitarla para sobrellevar los rigores de la vida monástica y de la soltería, sin que se corriera el peligro de que la mujer se volviese un elemento perturbador del orden social tan rígidamente establecido.

Pero hasta aquí sólo hemos hablado de las mujeres comunes y corrientes, de aquellas que no mostraban ningún signo de predestinación o de excepcionalidad. De las que no tenían más que “una existencia parasitaria”. Es preciso que se den una serie de circunstancias especiales para que la mujer pueda, como dice Simone de Beauvoir, “concebir y realizar algún proyecto concreto. Las reinas y las regentes tienen esa rara felicidad. Su majestad las exalta por encima de su sexo”. La historia española tiene ejemplos, y muy reveladores, de que la dignidad real, al recaer en una mujer, no por eso sufre mengua o alteración. Tal el caso de Isabel la Católica. Precisamente una de las empresas históricas más importantes —el descubrimiento y la conquista de América— se lleva a cabo bajo sus auspicios. Es como si la investidura tuviera una virtud mágica que prestara a quien la ostentaba, todo poder, toda capacidad que la naturaleza le hubiera negado.

Hay también otra situación límite en la que la circunstancia sexual pasa a ocupar un lugar secundario: la vida mística. En esta relación, en la que según Beauvoir “se establece de un modo autónomo una relación con Dios, las almas femeninas poseen la inspiración y la fuerza de un alma viril; y el respeto del que son revestidas por la sociedad les permite cumplir difíciles designios”.

Pero antes era necesario asegurarse de que los fenómenos operados en un alma eran inspiraciones de la Gracia Divina y no del Demonio. Este campo es particularmente equívoco. Hay que estar alerta contra

el fraude porque, además, la histeria es una gran imitadora de toda apariencia de vida superior. Después, ya probada la autenticidad y la corrección de la experiencia sobrenatural, ya podía reverenciarse a quien la había sufrido, como a un alma escogida, y aceptar sus revelaciones y sus consejos y no poner demasiados obstáculos a sus propósitos. Así hubo en España santas de la talla de Teresa de Jesús. Y eran muy frecuentes (aunque vigilados muy de cerca por la Inquisición y esparciendo un tufo a herejía) los casos de monjas iluminadas, de profetisas, de mediadoras entre el hombre y Dios.

¿Eran la religión y el poder los dos únicos cauces por donde podía desembocar la actividad de una mujer superior? La historia nos dice que

t

no. Aunque viéndose obligada a vencer dificultades mayores y, por lo mismo, logrando menos fruto, hubo quien se consagraba al estudio. Fue doña Oliva Sabuco de Nantes que en el año de 1587 imprimió en Madrid y dedicó al rey Felipe II su libro titulado Nueva filosofía de la naturaleza del hombre, no conocida ni alcanzada por los filósofos antiguos, la cual mejora la vida y la salud humana. Esta pensadora, dice su biógrafo Juan de Dios de la Rada y Delgado, sin haber asistido a ninguna universidad ni cátedra pública, sólo con su estudio privado y llevada de su amor a las ciencias, llegó a poseer tales conocimientos en física, en medicina, en moral y en política que no por orgulloso alarde de su mérito, sino por el bien que pudiera reportar la humanidad de sus estudios y de sus descubrimientos solicitó del Conde de Barajas, don Francisco Zapata, presidente de Castilla y del Consejo de Estado, interpusiera su valimiento a fin de que se reuniera una junta compuesta de los más sabios físicos y médicos de España, para demostrarles que las ciencias que profesaban iban completamente erradas.

Nuestra ilustre escritora, anticipándose a su siglo, con esa verdadera intuición de los grandes genios, presenta un nuevo sistema fisiológico, hoy mirado no sólo con respeto sino con admiración y seguido por muchos fisiólogos, sistema que consiste en afirmar que no es la sangre la que nutre nuestro cuerpo sino el fluido nérveo que,

emanado del cerebro, se extiende por todo el cuerpo, atribuyendo a él, y no a otra causa, el verdadero origen de las enfermedades. “La causa y oficina, dice esta escritora, de los humores de toda enfermedad es el cerebro: allí están los afectos, pasiones y movimientos del ánimo. Allí el sentir o sensación; allí la raíz y la naturaleza que hace la vegetación; allí la vida y anhelación; de allí las enfermedades y de allí la muerte; allí la ánima irascible y concupiscible pues no pueden estar sin especies.” A su familiaridad con ios textos de medicina griegos y árabes, agregó doña Olivia, “otro mérito singular que le dará siempre el derecho a la gloria y es el haber discurrido un tratado de las cosas con que se puede mejorar la república, que forma una especie de higiene o policía civil, cuyos preceptos debían tener a la vista los príncipes y legisladores”.

En aquella sociedad de conquistadores y guerreros, de santos militantes, resultaba coherente que el ansia de conocer se encaminara a fines prácticos. La actitud puramente especulativa y teórica, que interroga al mundo sin juzgarlo —según definición de Octavio Paz— vino a darse con plenitud en otra mujer y en otra tierra: Sor Juana Inés de la Cruz, mexicana.

El español cambia, se afina, cuando abandona España. El paisaje áspero y duro, las anchas llanuras, el cielo implacable lo hacen enérgico, austero y rudo. Pero atraviesa el mar y desembarca en climas más amables: la blandura y la abundancia del trópico, el aire fino de la altiplanicie a cuyo través todo parece transfigurarse; las estaciones que son como matices levísimos de un mismo bienestar. El hombre se desarma, va despojándose de esa coraza que lo defendía del rigor y del peligro. Sus desmanes se hacen menos vivos; el tono de su voz se atenúa. El idioma ya no es un río bronco deshaciéndose en el choque contra las piedras, sino una mansa corriente donde los sonidos resbalan confundidos. En el alrededor hermético que construyen los indios la palabra brota entonces cargada de una energía explosiva e insultante que es necesario disminuir. Es un arma cuyos tilos se liman abusando del diminutivo, empleando los

artículos neutros (que no definen, que señalan tímidamente los objetos), callando. Se inaugura una zona de palabras prohibidas que, al sustituirse por otras, contagian a las nuevas y las inutilizan para la comunicación. Así va extendiéndose lentamente, como una mancha, el silencio. Silencio de una raza que no conoce bien el idioma y de otra que se avergüenza de conocerlo demasiado y no se atreve a fustigarlo ante los ojos atónitos y los oídos inhábiles de su interlocutor. Silencio amargo del vencido, fuerza que se acumula y que se acendra. Silencio orgulloso del vencedor, fuerza que no se desperdicia. Silencio del mestizo donde ambas fuerzas se neutralizan. ¿Y los poetas? En toda república los hay y su oficio es hablar. Los poetas aquí hablan pero no dicen. Juegan con las palabras, como con meros elementos decorativos. Las oidenan de un modo y del modo contrario, atendiendo a sus disposiciones tipográficas, a sus cualidades sonoras, despojadas de contenido y de significación, silencio que se abre para mostrar el vacío.

En esta patria inefable, en este cielo sin término discurre, como un astro de trayectoria singular y de fulgor extraño, arrastrando una cauda de asombro, la existencia de Sor Juana.

El año de 1651 nace en Nepantla de ascendientes españoles, criolla pura, sin gota de sangre india en sus venas. Antes de cumplir los tres años aprende a leer y a los ocho compone una loa en honor del Santísimo Sacramento. Piensa

de modo tan espontáneo en verso que le cuesta mucho advertir que no es éste el modo de expresión. Y tiene que hacer un esfuerzo para conversar y escribir en prosa llana y común. A los trece años es recibida (después de haber luchado vanamente por ingresar en la Universidad), en el Palacio Virreinal “con título de muy querida de la señora Virreina . Breve lapso de vida cortesana: discreteos, galanterías, sonetos amorosos. Y de pronto la brusca renunciación: en 1667 ingresa en el convento de San José de Carmelitas Descalzas. Una tentativa frustrada. Tres meses después abandona la clausura y las reglas que la fragilidad de su salud era incapaz de soportar. Otra vez el mundo. Fiestas, halagos, exámenes públicos de su saber, triunfos y aplausos. Pero los consejos de su confesor martillean su cerebro y por fin “entróse religiosa porque aunque conocía que tenía

el estado cosas (de las accesorias, no de las formales) repugnantes a su genio, con todo, para la total negación que tenía al matrimonio, era lo menos desproporcionado y lo más decente que podía elegir"; "cedieron y sujetaron la cerviz todas las impertinencillas de su genio, que eran de querer vivir sola y de no querer tener ocupación obligatoria que embarazase la libertad de su estudio, ni rumor de comunidad que impidiese el sosegado silencio de sus libros". ¿Vocación religiosa? Lo mejor será decir cálculo. Cálculo hecho entre la espada y la pared. En el convento escribe poemas, villancicos, autos sacramentales, comedias. Lo profano y lo sagrado se mezclan en sus letras y va viniendo la multitud de su pueblo a pedir prestada la garganta sin dueño de la monja para expresarse. El indio, con "las dulces cláusulas del mexicano lenguaje"; el

negro, balbuciente como un niño; el bachiller pedante, el poeta pobre, el hombre de campo, humilde encuentran voz. Y la dama y el galán de la aristocracia, y los enredos complicadamente frívolos de la Corte. Y las preocupaciones teológicas y de aleccionamiento. Y la cortesía y la amistad. Todo la reclama y a todo vuelve su mirada luminosa, su corazón abierto y ancho. Lee, incansable y ávida. ¿Le arrebatan los libros? Observa, estudia en los hechos. De los juegos infantiles, de la práctica culinaria, deduce leyes científicas. Y sueña y consume sus espíritus en el sueño y en la vigilia. Escucha, critica. Reflexiona sobre lo que observa. No, no es vida religiosa ese escape a su atadura, leve tuteo con el mundo como si fuera un objeto autónomo. Vienen las amonestaciones, los reproches de sus superiores. Juana se resiste. Pero los reproches van adquiriendo un tono de amenaza. Cede al fin y abandona "los estudios humanos". Dona su biblioteca y los aparatos que ayudaban sus meditaciones. Un año después muere.

La obra de Sor Juana no sólo es abundante y variada y rica. Es uno de los documentos fundamentales de la tradición literaria en nuestro idioma. Día a día es mejor apreciado y se le reconoce una actualidad y un vigor del que sólo gozan las creaciones geniales. Su realización parece un milagro si tenemos en cuenta en medio de cuántos obstáculos, internos y externos, tuvo que llevarse al cabo. No eran tan peligrosas las intrigas y las suspicacias de los envidiosos como las alabanzas y las hipérboles de los necios. De todos se queja Sor Juana

en la respuesta a Sor Filotea al decir que “cabeza que es erario de sabiduría, no espere otra corona que la de espinas”. Pero no culpemos

demasiado a sus contemporáneos. Carecían de puntos de reflexión para juzgarla, no disponían de ningún marbete que la definiera.

Sus actos por originales tenían que producir a los demás el malestar de la sorpresa, de lo que no cabe dentro de las formas. Incluso los que quisieron ayudarla no acertaron a hacerlo.

Y no son los de afuera sus peores enemigos. Ella misma, su índole reflexiva, es su talón de Aquiles. Toma su yo como objeto de meditación, lo coloca entre paréntesis para examinar si realmente vale. No se acepta a sí misma de modo instintivo y pretende imponerse después a los otros. La valoración de la propia persona es tarea ardua cuando se tiene una mirada objetiva y distante para juzgar y un elevado ideal de perfección para compararse. Resulta entonces que los de fectos, las fallas son siempre mayores que los aspectos positivos. Y no se les encuentran excusas. Sor Juana, aplicándose su rigor y su lucidez, tenía forzosamente que condenarse. Y ese sentimiento (que no es de humildad ni de culpa sino más bien de soberbia ultrajada que no halla asidero estable en qué apoyarse) la hacía ser áspera consigo y afable con los demás. Complaciente para las exigencias y los caprichos ajenos, insegura siempre de la legitimidad de sus deseos íntimos, del acierto de sus propósitos, de la verdad de sus afirmac iones. Sólo así se explica su docilidad para aceptar los consejos y las insinuaciones que recibía, su flexibilidad para adaptarse y sobrellevar las circunstancias. Su falta de rebeldía para rechazarlas o de voluntad para modificarlas. Por lo demás la única bandera que habría podido enarbolar para la lucha era la necesidad de ser fiel al don que se le había

dado y la obligación de acrecentarlo como el servidor de la parábola evangélica. Pero ¿en realidad había recibido algún don especial? ¿No era todo ilusión de su orgullo? ¿No se estaba dejando engañar por los halagos, por las alabanzas mentirosas? Y aunque no se equivocara y Dios la hubiera señalado con un destino ¿valía la pena asumirlo? ¿No era todo un sueño? Un sueño el conocimiento, un sueño el deseo de

conocimiento, las elaboraciones mentales, los silogismos, el pensamiento desarrollándose en espiral barroca.

La inteligencia es una sonámbula que camina en un laberinto de espejos, entre sombras —ella una sombra más— y ecos. No se le puede pedir testimonio de su valor ni justificación de su ser. Tampoco podía Sor Juana acudir a su corazón. Ese corazón efusivo, esa mano amistosa tendida a todos, tan distinta del puño cerrado "de los que custodian una gran semilla", como dice Claudel. A Sor Juana sólo podía salvarla su instinto. Las otras potencias son dóciles. Ceden a la duda, se ciñen a las conveniencias. Pero el instinto no entiende nada. Simplemente está allí, renaciendo con más ímpetu cada vez que quieren aplastarlo. No tiene responsabilidad, ni mérito, ni culpa. Es el motor de las acciones de Sor Juana y ella lo sabe cuando dice: "Obro necesariamente".

Extraño el don de Juana, tan desproporcionado a su condición de mujer. Surge entonces el conflicto entre su cabeza y su sexo. Como entonces se consideraba el sexo algo inferior y no se temían (como se temen ahora, después de Freud), las consecuencias funestas de la represión, Sor Juana no vacila en negarlo. (¿Puede realizarse este acto sin un desgarramiento atroz? Juana efec-

túa la operación con una asepsia absoluta y sin que salpique su blancura ni una gota de sangre, ni una lágrima.) Define su cuerpo como neutro y se atreve a experimentar afectos que serían equívocos si ella no se situara tan por encima de su carne. Renuncia a su sexo pero no a su feminidad pues no encuentra contradicción entre su esencia y sus tendencias. Además su excepcionalidad no es absoluta. Revuelve libros para hallar antece-

dentes, ejemplos que hagan menos insólita su si tuación. Cita mujeres notables de la gentilidad y de la Biblia y corona sus argumentos con la figura de María, suma de toda ciencia. Pero no es esto sólo, revisa los textos sagrados que prohiben a la mujer estudiar y opinar y afirma que han sido mal interpretados y que muy otra sería la condición de la sociedad si la mujer fuera tan bien enseñada como el hombre. Esto no podía más que causar escándalo y levantar, en contra suya, la opinión.

Pero la patria verdadera de Sor Juana es el

conflicto. Conflicto también entre su razón que, como los griegos del Apóstol, pedía argumentos, y su fe, que quería milagros. Sor Juana fue incapaz de vivir la religión como un misterio (de sumergirse oscuramente en la plenitud del Ser, como quería Maritain), sino que la experimentó como un problema, un objeto de conocimiento y de método, un campo para el juego intelectual. Así cuando le piden que se interesé menos en los asuntos profanos y más en los divinos responde que "¿cómo sin lógica sabría los métodos generales y particulares con que está escrita la Sagrada Escritura? ¿Cómo sin retórica entendería sus figuras, tropos y locuciones? ¿Cómo, sin física, tantas cuestiones naturales de las naturalezas de los animales, de los

sacrificios donde se simbolizan tantas cosas ya declaradas y otras muchas que hay? ¿Cómo, si el sanar Saúl al sonido del Harpa o de David fue virtud y fuerza natural de la música o sobrenatural, que Dios quiso poner en David? ¿Cómo, sin aritmética se podrán entender tantos cómputos de años, de días, de meses, de horas, de hebdómadas, tan misteriosas, como las de Daniel y otras para cuya inteligencia es necesario saber las naturalezas, concordancias y propiedades de los números? ¿Cómo, sin geometría, se podrán medir el Arca Santa del Testamento y la ciudad Santa de Jerusalem, cuyas misteriosas mensuras hacen un cubo, con todas sus dimensiones y aquel repartimiento proporcional de todas sus partes, tan maravilloso? ¿Cómo, sin arquitectura, el gran templo de Salomón, donde fue el mismo Dios el artífice que dio la disposición y la traza y el sabio Rey sólo fue sobrestante que la ejecutó, donde no había basa sin misterio, columna sin símbolo, cornisa sin alusión, arquitrabe sin significado; y así de otras sus partes sin que el mínimo filete estuviese sólo por el servicio y complemento del arte, sino simbolizando cosas mayores?". Y así continúa hablando de la historia, del derecho, de la música, de la astrología, etc. Los árboles no la dejaban ver el bosque. El conocimiento místico no es analítico, es una "connaturalidad afectiva", una fusión inmediata en la que el alma se siente colmar pasivamente de la divinidad. Pero entre Sor Juana y el valor religioso existe siempre lejanía. Intelec-tualmente era capaz de juzgar la importancia de la ciencia y de la santidad y el

lugar que cada uno ocupaba dentro de la escala axiológica; era' capaz hasta de inclinar su conducta a preferir la santi-

dad y a hacer todo lo necesario para alcanzarla. Aquí la tenemos practicando la obediencia, la abnegación hasta un grado heroico, la caridad hasta el sacrificio. Pero el Espíritu sopla donde quiere y Sor Juana parece no haber logrado más que ese vacío previo que es la frontera que no traspasa la naturaleza que no ha sido asistida por la Gracia santificante. Bien conocía esta carencia Sor Juana y bien la aceptaba como buena cuando declara que la mayor fineza que puede hacer Dios es no hacer finezas, dejar al alma su libertad, aunque esa libertad no tenga más ámbito para ejercitarse que la nada. Su silencio final no dice sobreabundancia de bienes, gozo y plenitud cumplida. Su silencio final dice nada —para repetir la frase de Octavio Paz—.

Distancia de Dios. Pero también distancia del mundo. Y distancia de sí misma. Su obra, tan vasta, es, en la mayor parte de los casos, impersonal. Poesía de encargo, de circunstancias. Expresión de preocupaciones ajenas, motivos extraños a ella. Sólo en “ese papelillo llamado El sueño ” y en la respuesta a Sor Filotea la encontramos a ella dando calor sus palabras.

La distancia es el alma de lo bello que lejana se transforma con facilidad en humor. Y esta figura patética, más que admirable, conmovedora, esta mujer, más allá de su soledad y de la incomprensión hostil que la rodeaba, más allá de su vida difícil y “de llama combatida entre contrarios vientos”, más allá del fracaso de su ambición más alta, supo sonreír.

'



La época independiente

En el orden histórico, dice Octavio Paz, Nueva España había sido fundada como armónica y jerárquica convivencia de muchas razas y naciones, a la sombra de la monarquía austríaca; en el espiritual sobre la identidad entre razón y fe. Por eso, cuando uno de los pilares que sostenían esta aparentemente sólida construcción se derrumba (la invasión napoleónica, la rendición de Fernando VII, la ascensión al trono español de José Bonaparte), el edificio se bambolea. Además el otro pilar desde hacía tiempo estaba siendo corroído por nuevas doctrinas. La identidad entre razón y fe era, más que nada, una coincidencia última y final de dos modos diferentes de conocimiento. Pero para llegar a ese fin era la fe la que iba adelante, iluminando el camino, brújula que marcaba el rumbo, dueña de la palabra de la Revelación. Esta concepción había imperado durante toda la Edad Media. Pero el otro extremo atrae fatalmente al péndulo. Las ideas que animaron la Revolución francesa no sólo ponían en entredicho el valor de la fe como instrumento para la captación de la verdad, sino que la rechazaban de plano. Quedaba entonces la razón posesionada de una absoluta soberanía, divinizada. El margen de conocimiento alcanzado por

la razón era el último que podía legítimamente admitirse. Más allá estaba el desvarío, la fantasía, el

engaño. Más allá la nada. Y la razón, para avanzar, no necesitaba el auxilio divino, ni textos sagrados ni guías de ninguna clase. Únicamente sus propias leyes que coincidían perfectamente con las

leyes del universo. Esta convicción engendra en el hombre una pedante y conmovedora confianza en sí mismo, en sus capacidades. Y va reduciendo su alrededor a únicamente aquello que es capaz de digerir. Su actitud ha cambiado. En vez de arrodillarse, como antes, frente al misterio, ahora simplemente desconoce su existencia y se desinteresa por esa zona de penumbra que nos rodea y a la que sólo se penetra por una especie de milagro en el que muy poco cuenta nuestra voluntad y mucho se sobrepasan nuestros límites. El hombre de entonces estaba cómodamente instalado en un breve ámbito luminoso. Si yo no creo en el abismo lo anulo. Aunque esté durmiendo en su orilla.

Estas ideas tuvieron éxito. La Enciclopedia empezó a circular por todo el mundo civilizado de entonces y era ávidamente leída, comentada en secreto. Y los iniciados se sentían dueños de un talis-

mán para conjurar a su alrededor todas las supersticiones, los engaños, el temor. Talismán peligroso. Susceptible también de desatar las persecuciones del poder de las tinieblas, de despertar el recelo de los inquisidores, de escribir denuncias y delaciones, de turbar el sueño de la bestia.

A la Nueva España pasaron de contrabando estos libros. A pesar de las prohibiciones y vetos de las leyes, los ejemplares de la Enciclopedia se introdujeron en los sectores intelectuales de la Colonia y vinieron a abrir un nuevo horizonte. ¡Cuán-

tos anhelos reprimidos, cuántas dudas sin desenlace, cuántas inquietudes encontraron aquí su eco, su conciencia, el concepto que las definía! De nada valía la vigilancia de las autoridades. Aliado al afán de saber el afán de lucro. Los mismos encargados de ejercer la vigilancia no resistían la tentación de convertir su celo en tráfico y así la persecución vino a ser un mero trámite que elevaba el precio de la mercancía. El libro incautado se vendía más caro al cliente. Y éste se multiplicaba cada vez más, se apasionaban mejor, se disponían más inteligentemente a transformar la doctrina en acción.

Pero comparados con la gran masa de gente inculta, ignorante, resultaba tan minúsculo el número de intelectuales que en el vacío de

su gabinete soñaban con el poder omnímodo y liberador de la razón, con la grandeza y la dignidad del destino humano, con la igualdad fundamental de todos los hombres, con la fraternidad que enlazaría todas las manos, con la libertad que coronaría todas las frentes. Soñaban, mientras afuera dormían sumidos en la miseria esos pueblos tristísimos que los viajeros de la época han contemplado y descrito con el corazón desalentado y opreso. Soñaban mientras un conjunto de castas componía una de las más monstruosas figuras de la injusticia. “Los españoles —dice Abad y Queipo en la ‘Representación a la primera regencia de que se describe compendiosamente el estado de fermentación que anunciaba un próximo rompimiento’ —formaban un décimo el total de la población y ellos solos tienen casi toda la propiedad y riqueza del reino. Las otras dos ciases que componen los nueve décimos se pueden dividir en dos tercios: los dos de castas (todos los mestizajes del

país) y uno de indios puros. Indios y castas se ocupan en ejercicios de artes y oficios. Es decir, que son criados, sirvientes y jornaleros de la primera clase. Por consiguiente resulta entre ellos la oposición de intereses y afectos que es regular entre quienes nada tienen y los que lo tienen todo. La envidia, el robo, el mal servicio de parte de los unos; el desprecio, la usura, la dureza de parte de los otros. Estas resultas, son comunes hasta cierto punto en todo el mundo. Pero en América suben en muy alto grado porque no hay graduaciones y medianías. Son todos ricos o miserables, nobles o infames.”

Había tal desproporción entre los diferentes hombres, tal distancia entre las clases que la idea de igualdad, a pesar de parecer impracticable, fue acogida con entusiasmo. Pero desde el punto de vista de esta investigación no alentemos ninguna idea optimista acerca de lo que significaba esta noción igualitaria con respecto a las mujeres. Se está hablando de política, de organizaciones construidas por los hombres. La diferencia de sexo no se borra. Y el sexo en quien la razón no alcanza un gran desarrollo se mirará siempre con algún menosprecio por quienes consideran a la razón como el atributo más alto de la humanidad. Así que de las mujeres se sigue pensando más o menos lo mismo que en los siglos anteriores. En el capítulo que Voltaire dedica a este tema en su divertido y superficial Diccionario filosófico , afirma que la conformación física de la mujer es menos

fuerte, menos alta, menos resistente que la del hombre. Su sangre es más acuosa y dulce; su carne menos compacta, motivo por el cual la vejez (considerada como una esclerosis), encuentra mayor dificultad

para prosperar por lo que el sexo débil alcanza una longevidad mayor que el otro. Pero su debilidad tiene además otras compensaciones, como por ejemplo, el permitirle mover los dedos con mayor facilidad. Este dato halagador basta para sospechar la felicidad de la condición femenina. Y ya no debemos sorprendernos de que "en todas partes el hombre sea el señor de la mujer pues el poder se funda siempre en la fuerza". Por lo demás "nunca hubo mujeres inventoras. Nacieron para ser el adorno de las sociedades y para suavizar las costumbres de los hombres". Su destino es comparable al de un violín con el que se hace bailar a un oso.

Dejemos a Voltaire y veamos El espíritu de las leyes según Montesquieu. Éste observa que en todas las latitudes y épocas "los buenos legisladores han exigido a las mujeres cierta gravedad en las costumbres. No solamente prohíben en sus repúblicas el vicio sino aun la apariencia del vicio. Han prohibido hasta la galantería que engendra la ociosidad que corrompe a las mujeres aun antes de ser efectivamente corrompidas, que da valor a todas las nonadas y rebaja lo importante, que es causa de que se conduzcan tantas obedeciendo a máximas ridiculas en que las mujeres se ponen de acuerdo con facilidad".

Las debilidades de la condición femenina pueden ser reprimidas o encontrar mayor expansión según sea la organización política a la que pertenezcan. Aquí encuentra Montesquieu otro argumento para proclamar la superioridad de la república sobre la monarquía.

"Las mujeres tienen tan escaso miramiento en las monarquías, porque llamadas a la corte por la distinción de clases toman en ella ese espíritu

de libertad casi el único en ella tolerado. Cada cual se sirve de sus encantos y de sus pasiones para adelantar en su camino y como su debilidad no les permite el orgullo, lo que reina en ellas en la corte es siempre la vanidad y el lujo. No es que las mujeres introduzcan el

lujo en los estados despóticos. Pero ellas mismas son objetos de lujo en esos estados. Deben ser esclavas en demasía. Al recibir la influencia el espíritu del régimen, cada una lleva a su casa lo que ve establecido fuera de ella. Como las leyes son rígidas y ejecutadas pronto, se teme dejar libertad a las mujeres. Sus piques, sus indiscreciones, sus repugnancias, sus celos, ese arte que tienen las almas pequeñas para despertar el interés de las grandes no ofrece duda de que acarrearían consecuencias funestas.

”En las repúblicas, en cambio, las mujeres son libres por las leyes, cautivas por las costumbres.”

Están tan íntimamente ligadas la pureza de las costumbres con la forma gubernamental que Montesquieu llega a establecer como axioma que “las buenas costumbres no coexisten con el gobierno de uno solo y en el régimen republicano las mujeres son más virtuosas”.

Hasta tal punto es poderoso este factor que pesa sobre todos los otros. Así “en las ciudades griegas donde no se vivía en la creencia de que la pureza de costumbres, aun entre los hombres, es parte de la virtud, en aquellas ciudades en que reinaba desenfrenado y ciego un vicio vergonzoso, allí donde el amor tenía una forma que ni decirse puede, la virtud, la sencillez, la castidad de las mujeres no han sido superadas jamás por ningún otro pueblo”. Pero la forma de gobierno y las costumbres tienen que depender, en última ins-

tanda, de otro factor irreductible a la voluntad humana: el clima.

“Las mujeres, en los países cálidos, son nubiles a los nueve o diez años; el matrimonio y la infancia pueden ir juntos. A los veinte años son viejas. Quiere decir que en ellas no acompaña la razón a la hermosura; cuando ésta se impondría la rechaza aquélla; cuando su imperio sería más razonable ya el encanto ha desaparecido. Las mujeres viven en perpetua minoridad porque la razón no puede darles en la vejez, aun siendo prematura, lo que la belleza no les dio en la juventud [...] Se comprende entonces que el hombre, si la religión no lo impide, busque otra mujer y se establezca así la poligamia.”

Si la religión no lo impide. Pero el establecimiento de la poligamia resulta una necesidad tan urgente que entonces se fabricará una religión que la permita. Así las doctrinas mahometanas encuentran un campo propicio para su implantación en los climas tropicales y de allí su éxito en los países asiáticos donde el cristianismo ha encontrado una resistencia feroz. Por lo demás los factores económicos coadyuvan a que la poligamia sea un hecho. La abundancia de productos, el estilo rudimentario de su organización económica, permiten el sostenimiento de varias mujeres y de familias numerosas que se convierten en útiles colaboradoras para el sostenimiento del hogar.

“La servidumbre de las mujeres se ajusta bien con el gobierno despótico. Tienen las mujeres que cumplir con tantos deberes naturales que siempre será poco lo que se haga para apartarlas de todo lo que les sugiera ideas impertinentes, de toda clase de diversiones, de todo lo que se llama negocios [...] En los estados de oriente las eos-

t

tumbres son mucho más puras cuanto más rigurosa es la incomunicación de las mujeres.” Sin embargo esta forma de vida —el clima que engendra la poligamia, la poligamia que se aviene bien con el despotismo— no es de ninguna manera recomendable. Aun como un hecho aislado la poligamia no es útil ni para la sociedad ni para los individuos. Disminuye la natalidad, aumenta la propensión a la sodomía y, en los países de climas templados y fríos, es impracticable. Porque la mujer conserva más tiempo sus atractivos, tarda más en ser nubil y tiene hijos en edad más avanzada; la vejez de su marido viene al mismo tiempo que la suya. Y como tiene más razón y más conocimiento cuando se casa es natural que haya desde entonces una especie de igualdad entre los dos sexos, en virtud de la cual existe la monogamia. Paralelos a este fenómeno los de la economía, la religión y el republicanismo.

Es contra la razón, afirma Montesquieu, y contra la naturaleza, que las mujeres sean amas en la casa, como sucede en Egipto. Pero no se opone a la razón ni a la naturaleza que rijan un imperio. En el primer

caso el estado de debilidad en que se encuentran no les permite la preeminencia. En el segundo la misma debilidad les presta dulzura y moderación, cualidades que pueden hacer un buen gobierno más que lo harían las virtudes varoniles de dureza inexorable. En la India les va bien con mujeres gobernantes. En África también. Si se añade el ejemplo de Moscovia y de Inglaterra se verá que las mujeres gobiernan con acierto lo mismo en el gobierno templado que en el despótico.

Consideremos ahora en qué forma podían influir estas ideas sobre la situación de la mujer

en México. En un país donde el clima cálido es predominante; donde las costumbres, arrancando desde la tradición indígena y pasando por ese matiz árabe del que se tiñe la concepción del mundo española, permiten, no de derecho pero sí de hecho, una poligamia vergonzante, peor por la falta de una ley que rija este tipo de relaciones. En ciudades “de calles sin mujeres”, porque se les enclaustraba en conventos y casas. En una nación que se encontraba retratada en las que describe Montesquieu como orientales o asiáticas pero que aspiraba fervientemente a europeizarse, sobrepasando su destino geográfico, ¿cómo serían interpretadas estas teorías? Así como la distancia tan grande entre las ideas de igualdad y la realidad concreta de castas en las que estaba dividido el México de entonces ha hecho que algunos de los historiadores al interpretar los hechos duden de la influencia de las doctrinas sobre los actos que modificaron esa realidad y encuentren otros motivos más próximos, menos remotos, así no parece creíble que sobre la mujer mexicana tan “femenina”, tan recatada, tan tímida, tan hecha para no hacer nada, la fuerza de unas palabras, de unos pensamientos la inflamaran hasta el punto de convertirla en una heroína, en una mártir. Mas bien parece que la efervescencia de aquellos años, el entusiasmo que electrizaba la atmósfera, la anormalidad de las circunstancias hizo que todas las conductas cambiaran y que se revelaran posibilidades insospechadas y aspectos inesperados y sorprendentes. Así, al estallar la guerra de la Independencia y todas las convulsiones políticas de la época, no fueron las mujeres las que con menos valor se lanzaron a apoyar los movimientos li-

bertarios y muchas llevaron su denuedo hasta el sacrificio.

Don Genaro García, en el tomo de documentos extraídos del Archivo General de la Nación consagrado a las heroínas de la Independencia nos muestra más diferentes casos de mujeres rebeldes de los que han pasado a la popularidad.

Un grupo de cien mujeres, armadas con garrotes, piedras y cuchillos asaltaron el cuartel de San Andrés Mahuatlán, forzaron la puerta principal, se apoderaron de las armas y de los papeles judiciales que se guardaban allí y dispersaron la tropa.

Prisca Marquina de Ocampo entra en la historia luciendo sus charreteras y el sable con el que tantas veces entró al combate.

Ana María Trinidad Ortega aparece en su proceso con las armas en la mano, arengando a los soldados y estimulándolos a la victo^U.

María Josefa Martínez, viuda de don Miguel Montiel, vestida de hombre, comandaba varonilmente una partida de rebeldes.

Manuela Herrera no vaciló en incendiar su hacienda y todas sus propiedades para evitar que cayeran en manos de las fuerzas realistas y pudieran aprovecharse de ellas.

Mariana R. del Toro de Lazarín, después de la muerte de Hidalgo y viendo cómo disminuía la importancia del movimiento independiente, quiso ensayar una medida heroica para reanimarlo y organizó un complot para aprehender al Virrey. Llena de “brío ideológico” arengaba a los amigos de su marido incitándolos a continuar la lucha. Una oportuna delación la condujo a la cárcel antes de que sus planes maduraran. Allí soportó con gran entereza los crueles interrogatorios a los que fue

sometida y por su boca no se supo nunca el nombre de ninguno de sus cómplices. Pero éstos, más dóciles, no opusieron ninguna resistencia a sus inquisidores y uno por uno dieron cuenta de sus planes y de quien había sido la inventora de ellos. Acusaron abiertamente a Mariana de ser la cabeza del complot que se había urdido. Mariana, entonces, al enterarse de que todos sus aliados la

traicionaban, pronunció una frase conmovedora por su mal gusto y por la falta absoluta del sentido del ridículo que revela: “Pues los señores, o los nenes, no han tenido carácter es inútil seguir guardando silencio”. Y lo confesó todo.

Hubo muchas más víctimas anónimas. Fueron famosas las barbaridades cometidas por don Agustín de Iturbide, cuando militaba en las filas realistas, contra las mujeres sobre quienes recaía la sospecha de mantener ligas de cualquier índole con los insurrectos, en los pueblos del Bajío. Sin ninguna consideración a su sexo las mandaba a aprehender en masa, las conducía de una población a otra o las mantenía presas en las condiciones más humillantes y abyectas. Ser mujer no era un atenuante y sobre ellas caía todo el peso, todo el rigor de las disposiciones legales para castigar a los delincuentes políticos. En el archivo están consignados los nombres de Guadalupe Moreno, Josefa Matamoros, Anastasia Mejía, Lucía y Mariana García, Cayetana Borja, Mariana Vega y el de Bernarda Espinosa, sacrificada por un motivo tan baladí como el haber sonado las manos con júbilo ante la noticia de una victoria insurgente. El terror no respetaba ni la vida de las niñas pequeñas a quienes se tomaba como rehenes y se fusilaba sin compasión.

Junto a este dilatado grupo de mujeres que dieron lo mejor de sí mismas, lo más valioso en aras de un ideal del que ni siquiera tenían plena conciencia, aparecen otros nombres, si no más meritorios, sí más conocidos. Doña Josefa Ortiz de Domínguez, a quien sus catorce hijos (el mayor de las cuales contaba apenas veinte años), su marido, su casa, su posición social, no impidieron dar aviso a Hidalgo de que su conspiración estaba descubierta, arrostrando todas las consecuencias funestas de este acto. Pero quizá la figura más completa, la más simpática, la más iluminada de toda esta constelación sea la de Leona Vicario.

De ascendencia española, de rango acomodado, de distinguida presencia, queda huérfana en plena juventud. A los veinte años es dueña de su vida y de su fortuna... hasta el grado en que podía serlo una mujer en aquella sociedad. Puede disponer de sí misma y de sus bienes previo consentimiento de su deudo masculino más próximo. En el caso de Leona éste es el licenciado don Pomposo Fernández de

San Salvador, un hombre cuya honradez acrisolada y reconocida virtud le habían hecho merecer el aprecio y el respeto de todos. Sólo que con una facilidad desmedida para poner en verso todos los acontecimientos políticos que le eran contemporáneos. Su manía versificatoria le hacía atacar, lanza en ristre, personas y sucesos, demostrando así dos cosas: su inquebrantable lealtad a la corona española (desde el rey hasta el más ínfimo de sus representantes), y su absoluta incapacidad poética. Sus "exclamaciones" de alegría, cólera o lástima ante las vicisitudes acaecidas al monarca, son contagiosas. Arrancan al lector exclamaciones pero nunca

admirativas. Pues bien, era con este señor con quien tenía que entenderse directamente Leona. No cabe duda sobre quién llevaría la peor parte.

La primera prueba de la fortaleza de carácter y la habilidad de la muchacha la encontramos en sus relaciones familiares: adversario, por cierto, indigno de ella, Don Pomposo Fernández de San Salvador, su tío, se plegó a todos los caprichos y despilfarros de la sobrina que desconocía el valor del dinero y amaba el lujo, una combinación catastrófica. Así, a raíz de su orfandad se hizo alquilar una hermosa casa y la amuebló con todas las comodidades posibles en aquel tiempo sin parar en gastos. Era liberal con todo. Con sus posesiones y con sus ideas. Y a pesar de los prejuicios de su educación, rígidamente conservadora, supo encontrar en su propia experiencia la verdad. ¡Lástima que expresara sus descubrimientos tan mal! En una ocasión una de sus sirvientas sufrió un accidente al estar aplicando una sangría. Y al ver correr confundidas las dos sangres —la del amo y la del criado— sin encontrar entre ellas diferencia, exclamó: "No hay más azul que el de los cielos a los que suben las buenas acciones, como las de mi madre cuando socorre a los pobres". La diferencia biológica entre nobles y plebeyos quedaba desde entonces abolida ante sus ojos.

Leona fue pronto convertida a las ideas de Andrés que venía de una familia yucateca de tradición liberal. Y aunque ella arguye apasionadamente a don Lucas Alamán que el amor no es el "primer motor" de las acciones femeninas, mucho tenemos que sospechar de

su cambio de posición intelectual (al que ciertamente estaba predispuesta)

cuando sabemos que se mezcló con un profundo y duradero sentimiento amoroso. Sea como sea, abrazó con entusiasmo la causa a la que ya servía Andrés y empezó a colaborar para llevarla a cabo. Al principio cosas de poca importancia. Llevar y traer noticias del campo rebelde a la capital con correos disfrazados, invenciones de claves y trucos (¡tan ingenuos!) para no ser descubiertos. No es de extrañar la habilidad con la que se desenvolvió Leona en estas nuevas actividades. ¡Cuánto exaltaría su imaginación de muchacha romántica participar seriamente en un juego peligroso! Y más estando enamorada de un hombre comprometido en tal aventura. Pero tantos ires y venires, tantas cartas misteriosas, tantos nombres supuestos en las cartas, despertaron la vigilancia del gobierno que empezó a rondar la casa de una familia tan insospechable como la de don Pomposo. Avisada a tiempo Leona intentó una fuga a un pequeño pueblo de los alrededores de México pero sufrió tantas penalidades, encontró un rechazo tan universal en todos aquellos a quienes acudió en demanda de socorro que se vio obligada a volver a la Capital, confiada en la promesa de que se respetarían su libertad y sus bienes. Promesa falsa. Porque al entrar en la ciudad de México fue hecha prisionera y hubiera sido llevada a la cárcel si la intervención de su tío no hubiera atenuado la sentencia logrando que la condujeran a un convento. Allí permaneció mientras se le seguía proceso. En todos los interrogatorios que se conservan en documentos del Archivo General de la Nación se transparenta su voluntad de ser fiel a la causa que había abrazado, de no delatar a ninguno de sus amigos y de sortear las trampas que a cada mo-

mentó se le tendían. Así como protestas vehementes y constantes de su inocencia.

Permaneció en el convento (donde la mantenían casi completamente aislada) hasta que los insurgentes organizaron su rescate. Raptada por varios hombres de a caballo escapó de sus custodios y se mantuvo oculta en la ciudad de México hasta que disfrazada de negra y siguiendo la recua de unos, aparentemente, inofensivos arrieros, pudo burlar la vigilancia de las garitas que controlaban la entrada y

salida de los viajeros a la ciudad. Así pasó Leona al campo de los rebeldes donde la esperaba Andrés. No se conoce ni la fecha ni las circunstancias de su matrimonio pero se tiene por seguro que se efectuó dadas las convicciones religiosas y la rectitud moral de los contrayentes "y la abundancia de curas a su alrededor", según frase de Echánove Trujillo.

Acompañando constantemente a su marido Leona puso de manifiesto el temple excepcional de su espíritu. Las penalidades de una campaña militar, tan duras hasta para un soldado a quien se entrena para sufrirlas, fueron resistidas por ella sin una queja, sin un desmayo. Y agreguemos que su situación se agravaba por el estado de su salud. En efecto. Es en estos años de éxodo constante, de alerta siempre, cuando Leona empieza a formar y criar a su familia. Y mientras seguía los azares de la insurrección era despojada de tocios sus bienes por el gobierno virreinal y era perseguida y acosada.

Pero el heroísmo de Leona y Andrés no pudo llegar al hermoso cumplimiento de la muerte. Cuando las persecuciones declaradas contra ellos llegaron a su punto crítico ambos abjuraron de sus convic-

ciones, se declararon vasallos leales del rey de España y pudieron volver al territorio que todavía dominaban los realistas en donde recuperaron el usufructo de parte de su fortuna. Tal vez no fue cobardía ni la necesidad de anteponer sus propias conveniencias a los ideales de la causa. Pero estos ideales, como hemos dicho antes, no estaban muy claros en la mente de nadie y muchos creían posible la conciliación de su antigua obediencia al soberano español con sus anhelos por la creación de un país libre. De todos modos la figura de Leona disminuye. Al llegar la paz (tan relativa en todo el siglo xix de México) Leona se reduce a su hogar. Una vida casi tranquila, de familia. Y en esta época, según opinión de historiadores como don Mariano Cuevas, la vida de familia fue "más ostensiblemente en las siete décadas inmediatamente posteriores a la Independencia, la gloria de nuestra sociedad". Estas familias estaban construidas sobre la base de la autoridad del padre a quien era preciso demostrar un respeto casi como el que se demuestra a lo sagrado. A los hijos no se les permitía tutearlos. La esposa, cuando se refería a él en tercera

persona, no se atrevía a nombrarlo por su nombre de pila. (Reminiscencia de aquellas costumbres usadas en las tribus bárbaras donde nombrar es poseer la esencia de la cosa, es dominar y no se permite a las mujeres —a quienes se supone dueñas de poderes mágicos— decir el nombre de los hombres.) Todos los componentes de la familia le estaban sujetos: criados, parientes lejanos. Esas solteras desperdigadas que no dejamos de encontrar dentro de nuestras organizaciones familiares y que tienen que acogerse a la buena sombra del hombre casado. Esas huérfanas, esas

"crianzas" de las familias ricas, todas dependían del padre. Esas semimonjitas —dice el padre Cuevas— educadas por largos años en los conventos, que volvían en su mayor edad al seno de la familia. Recogidísimas, devotas, escrupulosas, grandes labranteras y reposteras, ellas, más que la misma señora de la casa, eran las educadoras de hijas y criadas. Es fácil imaginar que más que educación era una pura domesticación la que transmitían a sus discípulas. Aptas para amas de casa, eso de bían ser las muchachas. Y nada más. Lo intelectual ocupaba un lugar muy secundario. Y después de cultivar sus habilidades caseras, las diversiones, el recreo. "Las niñas y las no tan niñas se dedicaban, allá en las recámaras, a sus juegos de prendas y recepción amigable de sus pretendientes, bajo discreta inspección."

La Marquesa Calderón de la Barca, que dejó impresiones tan espontáneas, tan agudas, tan simpáticas sobre el mundo de entonces, se sorprende de algunas de sus características. "Por lo que he podido juzgar —dice— estas mujeres no se encuentran dominadas por el ansia de ingresar en el gremio matrimoniesco que se observa en otros países. El oprobioso epíteto de solteronas es desconocido aquí. El hecho de que una mujer lleve ya diez o doce años de exhibirse en sociedad no es parte a reducir la admiración que inspira. La más dura observación que se hace a su respecto consiste en decir que tiene el gusto muy delicado. Nadie dice que está pasada ni se buscan caras nuevas qué admirar. Nunca he visto que las madres o las hijas se dediquen a cortejar a los jóvenes ni hay tampoco mamás casamenteras ni hijas que anden a caza de lo que les conviene. La ver-

t

dad es que los jóvenes de ambos sexos disfrutan de tan pocas oportunidades de encontrarse juntos que los matrimonios deben concertarse en el cielo, pues no hay ocasión de arreglarlos en la tierra. Cuando en la vida de sociedad se encuentran los jóvenes con las señoritas parecen ellos muy galantes con ellas pero al mismo tiempo muy tímidos. En cuanto a la flirtation o coqueteo no se conoce aquí ni la cosa ni el nombre.”

Éste era el ritmo de la vida de entonces. A él volvió a entrar Leona como si nada hubiera ocurrido. Parece que las terribles experiencias de una guerra —fusilamientos, persecuciones, terror— en la que tan activamente tomaron parte las mujeres, no dejó ninguna huella en su alma ni modificó su carácter. Cuando la Marquesa Calderón de la Barca llega a México las encuentra “en punto de amabilidad y de maneras cordiales”, incomparables con ninguna otra mujer del mundo. “No he dado nunca, afirma, con mujeres que puedan competir con las de México y me parece que las de cualquier otro país parecerían frías y estiradas si se les compara con éstas. Para los extranjeros resulta de semejante modo de ser un infalible encanto y es de esperarse que por muchas que sean las ventajas que las mexicanas obtengan a consecuencia de su trato con gentes de otros países nunca pierdan esa graciosa cordialidad que forma contraste tan agradable con la frialdad rígida de las inglesas y de las americanas.”

“No hay mujeres más afectuosas que las mexicanas [...] Es muy raro que una muchacha mexicana pueda vivir lejos de su patria pues echan de menos el clima, las maneras afectuosas, la cordialidad universal que aquí las rodea. Echan de me-

nos el laissez-aller y la falta de toda etiqueta en trajes, costumbres, etc.

”Se encuentran rodeadas de mujeres de idiosincracia tan distinta de la suya que se sienten doblemente extranjeras por el origen y por los sentimientos [...] Los países en que no se conocen los rebozos y los cigarritos han de parecerles bárbaros. Se sienten como desterradas

del paraíso y sólo viven con la esperanza de regresar cuanto antes a su tierra.”

Leona era precisamente la excepción de esta regla. Su carácter batallador se enmohecía en los rutinarios quehaceres de la casa, en la monótona vida de sociedad. Por otra parte no olvidaba ni su pasado ni sus acciones y permanecía consciente de la excepcionalidad suya y quería ponerla de manifiesto en cuanta ocasión le fuera posible, recordar a sus compatriotas que a ella, tan principal como otros, le debían la independencia de que gozaban, obtener privilegios de sus antiguos sacrificios. Esta personalidad tan abrupta dentro del desvaído tono del paisaje de fondo que formaban las mujeres en México, tenía que resultar irritante. En efecto, Leona no era simpática. Los periódicos no perdían ocasión de ridiculizarla; los historiadores (don Lucas Alemán por ejemplo) la juzgaban con dureza. Y mientras tanto su marido —con quien compartiera todos los azares de la revuelta con un valor y una resistencia iguales (si no superiores) continuaba desarrollando sus actividades políticas. Ocupaba puestos de responsabilidad, escribía y publicaba en los periódicos, organizaba intrigas (o era víctima de ellas). Leona había caído en el círculo de hierro de la normalidad, de los conceptos corrientes entonces de lo que debía ser

t

una mujer, del papel que estaba obligada a desempeñar, de los límites que no le era legítimo sobrepasar. Acechaba pues, con ansia, la ruptura de ese orden para actuar. Cuando su marido resultaba peligroso ante los ojos de los políticos en el poder y se le perseguía Leona saltaba a defenderlo. Oponía una resistencia inmediata y directa contra los policías; iba a demandar socorro al presidente de la República, pero exigente, como quien pide justicia. Movía cielo y tierra. Pero todo era una tempestad en un vaso de agua. Los buenos tiempos ya habían pasado. La tranquilidad volvía a petrificarlo todo. Y de aquel escándalo no quedaba más que un eco burlón en la prensa. Se burlaban de don Andrés por tener una esposa tan de armas tomar. Y de ella, llamándole, con el insulto más refinado y cruel, señorita. Sus ímpetus, a fuerza de no tener adonde dirigirse, fueron adormeciéndose. Más y más va hundiéndose en la oscuridad y

en el silencio. La hija que no se casó la acompaña. Atiende sus necesidades, la cuida cuando está enferma. Leona conoce que se aproxima su fin y se prepara para él. Redacta su testamento. Cuidadosamente. Queriendo ser equitativa y justa. Deja a cada uno de sus familiares según la necesidad que pueda tener, según la gratitud que ella siente por cada uno. A la hija soltera la mayor parte de sus bienes. Escrupulosa y precisa ordena sus asuntos. Ni una frase para la posteridad. Ha reconocido que a pesar de todo lo que hiciera el ámbito de una mujer no pasa de su hogar. La efervescencia que hizo que tantas mujeres sobrepasaran ese ámbito, que tantas salieran a conocer y a conquistar un horizonte más amplio, ha concluido. Y todo ha vuelto a ser como antes. Se luchó por la libertad. Y allí está un país que ha cortado su cordón umbilical que lo

ligaba con España. Y allí está la esclavitud abolida. Pero ha sido un asunto exclusivamente de hombres. No se pensó nunca en conceder un nivel más alto de libertad para las mujeres. Se pensó en la igualdad mientras se luchaba. Y aunque haya todavía diferencia (¡y tanta!) entre las clases ya se tiene la noción de que esa diferencia no es justa. Pero ni siquiera se discute la igualdad política y social de los sexos. Leona muere con un sabor amargo de desengaño. La vida continuará como antes. Para que cambie será necesaria otra revolución.

'

■

X

La mujer en la época actual

t

\

Mientras tanto en Europa sucedían acontecimientos que modificaban profundamente ia situación de la mujer dentro de la sociedad. El advenimiento del maqumismo provoca la emancipación de la clase trabajadora, dice Simone de Beauvoir, y correlativamente la de la mujer. “Todo socialismo, arrancando a la mujer de la familia, favorece su emancipación y la suerte de ambos (mujer y obrero) ha sido a menudo puesta en paralelo por los partidarios de una interpretación materialista de la historia.”

Es alrededor de las teorías saintsimonianas y de las utopías de Fourier y Cabet, que aparece la figura de la mujer libre que pronto pasa de la imaginación a la realidad al encarnar en Claire Ba-zard fundadora y mantenedora, durante algún tiempo, del diario llamado La mujer nueva. La semilla no cae en mala tierra. Una multitud de pequeñas revistas ven la luz por entonces exigiendo tímidas reivindicaciones: la educación femenina, la elevación del nivel cultural de las mujeres. Pero a pesar de la entusiasta adhesión de hombres como Víctor Hugo la causa va desacreditándose rápidamente. La posición era absurda: hacer que la mujer emulara al hombre para luego opo-

nerla a él. Pese a las burlas, a las feroces críticas, las mujeres persistían en sus propósitos y continuaban su trabajo. En 1848 empiezan a fundarse clubs y periódicos en los que con mayor claridad y mejor conciencia se apuntaban las intenciones políticas. Un año más tarde una mujer francesa —-Jeanne Diconn— organiza la campaña mediante la cual lanzará su candidatura a la diputación. Naturalmente no tuvo ningún éxito. Ni ella ni quienes apelaron a la extravagancia y al escándalo (las vesuvianas en Francia, las bloo-meeristas en Inglaterra) para llamar la atención del público pidiendo apoyo en sus pretensiones de emancipación. La medida psicológica era equivocada. Los vestidos extraños, las extrañas actitudes, en vez de acarrearles simpatías les restaron adeptos y las mujeres que gozaban de algún prestigio intelectual o social rehusaron mezclar sus

nombres a este movimiento. Pero detrás de él había otras fuerzas —económicas, políticas— que no era fácil desviar.

Así, a pesar de todos los errores teóricos y prácticos los acontecimientos seguían una línea de invariable dirección] La implantación de grandes fábricas hizo posible que muchas mujeres abandonaran sus hogares para servir en ellas. Y sus servicios no son rechazados. Al contrario. Los patronos en muchos casos las prefieren porque "son más cuidadosas en el trabajo y exigen un salario menor". Al través de esta frase podemos advertir que las condiciones de trabajo de las mujeres eran aún peores que las de los obreros. De los abusos que se cometían con ellos, de la falta de regulación y de justicia que presidía las relaciones obrero-patronales tenemos múltiples testi-

monios en los documentos sociológicos y hasta literarios del siglo pasado.

Y como la sociedad entera sufre y paga las injusticias cometidas contra uno solo de sus miembros, fue necesario remediar lo más rápidamente posible esa situación. Para defenderse los obreros no contaban más que con un arma: la sindicaliza-ción. Pero ésta, bien usada, va haciendo que se replieguen cada vez más en sus límites correctos las ambiciones y la codicia de los patronos. No es fácil luchar contra quien tiene la riqueza y el poder. Y de 1848 que se fundan las primeras asociaciones obreras tenemos que esperar hasta 1874 para que las peticiones de éstas (en el sentido de recibir un trato más humano y más equi librado) hacen que la ley intervenga reglamentando las condiciones de trabajo de las obreras. Pero interviene estableciendo unas condiciones que hoy tendrían que parecer escandalosamente abusivas.

En Francia se prohíbe a las menores el trabajo nocturno y exige descanso los domingos y días festivos, limitando —el resto de la semana— la jornada de labor a doce horas diarias. En cuanto a las mayores de veintiún años no gozan de ninguna de estas prerrogativas. El código únicamente prohíbe que se las haga trabajar en las minas y en las carreteras. Todo otro oficio está permitido. En 1900 se descubre que la jornada de doce horas es excesiva (¡cuántas

víctimas serían necesarias para el reconocimiento de esta verdad!) y se rebaja a diez. En 1905 se empieza a considerar obligatorio el descanso quincenal. Dos años más tarde la obrera logra disponer libremente de sus ganancias sin la intervención de ninguna clase de tutelaje. En 1909 se garantizan los cuidados a la mujer emba-

t

razada; en 1913 se reglamenta todo lo concerniente al descanso ele las mujeres antes y después del parto, y se prohíbe que desempeñe trabajos excesivos y peligrosos. Con el desencadenamiento de la Primera Guerra Mundial sobreviene una precipitación de los acontecimientos en favor de las mujeres. La marcha de los hombres al frente dejó vacantes muchísimos puestos y las mujeres entraron a cubrirlos.

Como ahora eran más que necesarias, indispensables, podían poner condiciones para aceptarlos. Llegaron a ser consideradas.deda-misma manera que los hombres en cuanto a sueldo y se protegió cada vez más por las leyes a la obrera durante las épocas de embarazo, parto y lactancia. Como ningún fenómeno social se produce aisladamente, esto tuvo que repercutir en otros aspectos de la organización social. Se le concede el voto, se le permite participar en las actividades culturales y deportivas, se modifican las costumbres familiares (favorablemente para ella), y hasta las modas delatan la libertad de que la mujer goza. De este modo necesario va creciendo cada vez más su influencia y su injerencia dentro de la vida social y ocupando —en los países que se consideran como de civilización más avanzada— un lugar de igualdad con el hombre. Y aun de privilegio (en los Estados Unidos por ejemplo), lugar que las leyes le aseguran y las costumbres le consagran.

En México el tránsito no pudo haber sido igual. Nos basta examinar el factor económico para darnos cuenta de que sus variaciones no han marchado paralelamente con las de Europa. En primer lugar no podemos llamarnos, ni aún ahora,

un país industrializado. Ya hemos visto cómo la etapa agrícola va íntimamente ligada con la forma de vida patriarcal. Y ésta había sido

consolidada por la dictadura porfirista. Aparentemente era sólida y resultaba satisfactoria para todos los que se encontraban dentro de su órbita. Hubiera sido muy extraño encontrar aquí, en este lugar de América tan convencionalmente idílico de principios de siglo, una manifestación de mujeres vestidas (o desvestidas) de modo extravagante; ni discursos en favor del sufragismo, ni escándalos para promover reivindicaciones. La media voz mexicana no se elevó par^ dar expresión a ninguna rebeldía.

j Los años se repetían monótonamente en una especie de somnolencia que producía la ilusión de eternidad. Y de pronto, de una manera espectacular, la solidez del edificio se vino abajo ante el grito revolucionario de Madero. De esta revolución (como todas las que se han efectuado en nuestro país sin ideario previo o con un ideario que es sólo un pretexto para justificar una convulsión), en la que las mujeres tomaron, como siempre, parte muy activa (las heroínas, las soldaderas), resultó una Constitución que aún rige a la República y que, entre otras muchas cosas, garantiza a las mujeres una capacidad jurídica igual exactamente a la del hombre. En,consecuencia la mujer no queda ya sometida, por razón de su sexo, a restricción alguna en la adquisición y ejercicio de sus derechos civiles. Llega a gozar de la capacidad plena para todos los actos de la vida civil a los veinte años. Desde entonces ya no se encuentra bajo la tutela familiar y, si es soltera, puede elegir libremente su domicilio, disponer de su vida en la forma que mejor le parezca y gastar el dinero que

gan e como quier a. En caso de matrimonio sus libertades se restringen para no lesionar los derechos del cónyuge. Pero puede aún escoger domicilio si el marido viaja lejos de la patria o si se establece en lugar insalubre o indecoroso. Es apta para solicitar el divorcio por una serie de motivos que la ley precisa y establece, entre los cuales hay algunos de tal amplitud como la incompatibilidad de caracteres. Parece pues, que viviera en jauja.

En México siempre nos hemos enorgullecido de tener las legislaciones más avanzadas del mundo. Código de trabajo, inexistencia de la pena de muerte, etc. Si la ley fuera un reflejo o una consecuencia de nuestra realidad podríamos fácilmente

envanecernos. Pero entre las disposiciones jurídicas y los hechos se interpone una distancia que, en la mayor parte de los casos, es imposible salvar. Así entre lo que teóricamente se afirma y lo que prácticamente se experimenta hay un abismo. En los textos legal es la m ujer mexicana goza de libertad y de derechos; en las costumbres los preceptos desaparecen o se deforman a tal grado que no es posible reconocerlos. De cualquier manera las palabras escritas en un papel si no son reflejo de un hecho consumado son por lo menos el deseo de que los hechos cambien de signqjNo fue inmediatamente que las mujeres empezaron a ejercitar los derechos que la Constitución les concedía. Con mucha timidez fueron aventurándose, tanteando entre los escollos de una tradición todavía en funciones; con miedo se enfrentaron a una serie de experiencias nuevas y perturbadoras. Con nostalgia iban abandonando los antiguos moldes. Y la evolución resultó de tal manera lenta que hasta hace un año

se comenzó a exigir la igualdad política del hombre y la mujer, el ejercicio del derecho de voto y la obligación del marido de legitimar a todos los hijos habidos dentro y fuera del matrimonio. Esto se efectuó, como es natural, entre bromas de mal gusto y grandes aspavientos del sector derechista y conservador que ve en estos “signos de los tiempos” un anuncio inequívoco de la inminencia del fin del mundo.

No nos preocupemos. Ese fin no es tan inminente si depende de la rapidez con que la mujer mexicana cambia de actitud frente a los problemas sociales, políticos y económicos. Hasta hoy no parece demasiado ávida de hacer uso de sus nuevos privilegios y cuando por fin se decide a detentarlos lo hace con un gesto, no de desafío, sino de disculpa y como quien se ve obligado a tomar un purgante de sabor muy desagradable. Más que satisfecha por haber alcanzado una meta arduamente asediada se muestra como víctima de una situación indeseable.

El movimiento, si ha habido alguno, de emancipación, ha sido subterráneo y, como las revoluciones yucatecas, no tiene cabecillas. Las lideresas han sido siempre vistas (sobre todo por el sector femenino al que de ninguna manera representan), con menosprecio

y burla. En cuanto a las mujeres notables en cualquier otro orden han guardado una actitud tal de mesura, de respeto a los cánones tradicionales y de conciencia de su excepcio-nalidad que resulta imposible considerarlas como abanderadas de ninguna causa. Además no se han preocupado en lo más mínimo por hacer prosélitos. Sin embargo el tránsito de una forma de vida a otra se ha efectuado. De qué manera este tránsito ha sido asumido y experimentado por las

mujeres podemos averiguarlo no recurriendo ya a informes de segunda mano (quiero decir, proporcionados por los hombres), sino a confesiones hechas por ellas mismas con una espontaneidad y una sinceridad que aunque haya escogido casi siempre formas artísticas para manifestarse están mucho más próximas de la historia (de la autobiografía más precisamente), que del terreno propiamente estético.

Entre la multitud de nombres y obras femeninas que han visto la luz en los años que van del siglo bien podemos escoger. Hay cierta monotonía en los temas, en el modo de encararlos y de resolverlos. Pero en algunos de esos libros los rasgos típicos se acentúan tanto que bien podemos declararlos representativos y espejos que nos devuelven una imagen de lo que en México ha estado sucediendo al "segundo sexo". No temamos que en los documentos que analizaremos después se toquen problemas generales, abstractos y que la autora se coloque de una manera impersonal frente al trance de la creación. Al contrario. Si algún reproche puede hacérseles (por desgracia no es el único) es una subjetividad tan absoluta y tan sin concesiones; el retrato hecho inmediatamente del natural y sin la distancia y la perspectiva que da el arte. En suma, el narcicismo que ya apuntamos alguna vez como el rasgo característico preponderante de todo texto salido de manos de mujer. Pero tal vez el origen de esta actitud no sea la vanidad simplemente. Tal vez la urgencia —que toda mujer experimenta— de formarse una conciencia de sí misma y que únicamente logra al través del varón, según frase de Weininger, al no encontrar su cauce normal y al no disponer del catalizador varonil que precipita la transforma-

ción de las ideas en estado de hénide a los conceptos claros y precisos, recurra a un sustituto del que no conoce exactamente cuál es su uso: el libro. Allí trata de declararse y explicarse. Como carece de instrumentos para la interpretación de los hechos se aferra a los hechos mismos y es fiel al suceso y a la anécdota y de allí, de esa particularidad que no ha logrado reducirse a lo esencial, tenemos que extraer una teoría general que confiera sentido a los fenómenos que se relatan.

Hemos dicho ya que la abundante producción de libros escritos por mujeres y que circulan bajo el rubro de novelas, dramas o poesía no pueden ser tomados como productos estrictamente estéticos. Falta, a más del cumplimiento de los requisitos formales, ese "desinterés" tan peculiar del arte. Sobra el alegato, la necesidad de justificar una conducta ante una conciencia culpable, de analizar los motivos de un fracaso.

En México hemos tenido muy escasas feministas. Estoy hablando de la feminista clásica: fea, mal vestida y feroz. La que copia las actitudes exteriores del hombre para igualarse con él, a quien no puede dejar de proclamar, a pesar de todo su rencor, el ideal supremo. El estilo de la mujer emancipada en México, es otro. Más disimulado. Más hipócrita. Empieza por reconocer la superioridad varonil y la razón por la que todas las actividades importantes de la vida —excepto la procreación— han sido reservadas para el hombre. Parece encontrar un gusto profundo, un placer masoquista en entregarse, inerme, a los caprichos, a las arbitrariedades y a las injusticias de ese ente maravilloso cuya existencia no ha dejado de ser todavía un milagro Pero sucede que a veces, por una serie de fenóme-

nos sociales inexplicables y lo que es peor fatales, un número cada vez más grande de mujeres va siendo excluido de la órbita solar y tiene que irse con su satelitismo a otra parte. Una parte desagradable, erizada de peligros y donde su entraña más profunda está siendo burlada y escarnecida. Esa entraña es la que elabora la hormona de la sumisión y su principio antagónico es el que se aparece en las relaciones interhumanas con la forma monstruosa de la igualdad. La igualdad que asegura que una mujer puede trabajar

tanto como un hombre y ganar la misma o mayor cantidad de dinero que él. La igualdad que le permite escoger libremente su manera de vivir, asumir responsabilidades, en suma, entrar en un contacto directo y sin intermediario con el mundo. Las mujeres llegan a esta zona empujadas por complejísimos factores económicos y sociológicos y como quien llega al destierro. Con la mirada hacia atrás que convirtió en estatua de sal a la mujer de Lot; moviéndose torpe y cautelosamente, avanzando a tientas en un túnel cada vez más largo y más negro y del que se sospecha, muy fundadamente, que no tiene fin. Desde allí han escrito.

Su testimonio, precisamente porque es fiel, no podía ser optimista. Una tras otra —las novelas, las piezas teatrales— narran la desdichada odisea. El resultado del balance es siempre un fracaso. Lo que cambia en cada libro es la manera de llegar a él; se podría, leyendo todos ellos, escriturar un inventario de los métodos por medio de los cuales se destroza lo que es esencialmente femenino y se pierde enmedio de un mundo y una sociedad hostiles y caóticos.

Hemos escogido para representar esta tendencia, o más bien para denunciar una realidad

histórica que cada vez va transformándose y mostrando nuevas facetas, algunas obras dramáticas. En primer lugar (cronológicamente) una de Teresa Farías de Isasi llamada Como las aves.

Premiada en un concurso convocado por lo que entonces era Departamento de Bellas Artes y la todavía Flamante Universidad Nacional de México; aprobada por un jurado que integraron Enrique González Martínez, Antonio Caso y Eduardo Macedo; elogiada por Amado Ñervo que veía en ella “una ética elevada, una interrogación perenne acerca de los grandes problemas y un espíritu de propaganda social”, se estrenó con el éxito que era de esperarse, en 1918. No vamos a analizarla desde el punto de vista de sus valores estéticos porque no resiste ni el más ligero análisis. Por su falta de malicia técnica, por su lenguaje rebuscado, por el exotismo y la improbabilidad de sus personajes resulta completamente deleznable. Además los símbolos de los que se sirve para sugerir la solución a los

"grandes problemas" son verdaderamente pueriles, tanto como las mismas soluciones propuestas. Pero nos interesa la protagonista y su situación ante lo que Alfonsina Storni llamó "las tenazas todavía dulces y a la vez enfriadas del patriarcado". Pues bien: la protagonista es una muchacha excepcional, por lo menos en el México de entonces.

Excepcional porque ha gozado de los beneficios de la educación. De una educación muy peculiar. Durante toda su juventud ha estado sometida a la influencia de un preceptor belga que no se preocupa por enseñarle ninguna ciencia definida sino que divaga, aparentemente por lo menos, alrededor de temas filosóficos. Pero no se

trata de un estudio sistemático sobre el tema sino más bien de hacer patente ante la alumna la importancia del espíritu, la necesidad de fortalecerlo disciplinando las pasiones porque "la carne conspira contra él". A la hora de la tentación que se presenta, encarnada en un médico seductor y para más señas materialista empedernido, la protagonista no sucumbe a pesar de que el peligro es inminentísimo. Y no sucumbe gracias a los consejos del buen preceptor que supo vitaminizar su conciencia vacilante para ayudarla a preferir entre el bien y el mal repartidos entre un buen adulterio y un mal matrimonio, escogiendo, cómo no, el segundo. Mientras que un personaje secundario, colocado en idénticas circunstancias, pero que no ha sido adiestrado más que en la frivolidad y las tareas serviles, se precipita en el abismo arrastrando a toda su familia a la catástrofe y destruyendo su hogar. ¿Qué se deduce de todo esto? Que a la mujer hay que educarla no para que sea independiente sino para que por propia convicción defienda, hasta el sacrificio, los principios patriarcales. La forma de educación debería ser privada y reducida a inculcar en la alumna las ideas de castidad, de fidelidad, de lealtad al padre, al hermano o al marido, en suma, al hombre como entidad abstracta, como objeto de meditación religiosa y no como esos horrendos seres de carne y hueso que la protagonista tenía enfrente. Era un prudente aviso... que los padres de familia no podían atender. México había estado convirtiéndose, cada vez más, en una gran ciudad con las complicaciones de organización inherentes a este

crecimiento. El modo de vivir se modificaba radicalmente. Ya no aquellas enormes familias en

donde el único que contribuía a su manutención era el padre. Las cosas habían cambiado. En la lucha económica tenían que participar todos los miembros de la familia. La relación entre ellos tenía que variar. Ya no era de protección por parte de unos y de sujeción por parte de otros, sino de igualdad por lo menos en lo que respecta a capacidad adquisitiva. Ya no más aquel respeto casi supersticioso sino una posible actitud de crítica. Y en general un relajamiento de los lazos de estrecha comunidad entre los padres y los hijos y la división del principio autoritario entre todos. Se imponía pues que todos fueran preparados y aptos para el trabajo. El aprendizaje era necesario pero no para salvaguardar la virtud como tan ingenuamente pensaba la señora Farías de Isasi, sino para ganar dinero. Empiezan a pulular las mujeres profesionistas. Se estudian las llamadas carreras liberales y, bien provistas de certificados y títulos, las mujeres tienen acceso a todas las oficinas y en todos los oficios. Hay algo a lo que todavía no se aproximan: las ciencias abstractas que las atraerán mucho más tarde y nunca demasiado intensamente. Muestran preferencia a aquellas disciplinas en las que el conocimiento científico va unido al contacto directo con lo más inmediato de las personas: el cuerpo. En este aspecto la carrera ideal es la medicina. No resulta propiamente una novedad.

Recordemos que en Europa desde la Edad Media existe una larga tradición de mujeres que practicaban el arte de curar. Y aquí mismo en México desde la época precortesiana, según cuenta fray Bernardino de Sahagún, eran las mujeres las que desempeñaban siempre la tarea de parteras y también atendían otras enfermedades. Pero

después de la revolución maderista no únicamente los consultorios se llenaron de mujeres de bata blanca y bisturí en ristre; también los escenarios teatrales y las páginas de las novelas. La heroína es ahora una mujer emancipada de los prejuicios y de la sujeción económica a base de su esfuerzo y su trabajo. Merced a ellos se independiza de las trabas que impiden el desenvolvimiento de su personalidad pero al mismo tiempo adquiere una lucidez de conciencia suficiente para defenderse de las asechanzas y peligros del nuevo ambiente en el que se ha colocado. El peligro es el hombre. Para evitarlo no existe más

que un arma: la castidad que continúa siendo el valor más precioso con el que puede adornarse una mujer. Y ahora su mérito es mayor pues se ejercita con plena voluntad y por un acto de elección libre y no impuesto desde fuera por los falsos ídolos de una sociedad corrompida e injustamente organizada. Perder la castidad es rebajarse absolutamente ante los ojos de sí misma y de los demás y quedar a merced de los apetitos de todos.

Una conducta limpia e irreprochable en este sentido es lo que puede sostener a quien “se bate con la vida a puño limpio”, frase con la que María Luisa Ocampo define a la protagonista principal de su pieza dramática La virgen fuerte. Es ésta una mujer de espíritu limpio y carácter firme para quien el supremo elogio es compararla con un varón: “trabaja y estudia como un hombre”. Tiene, como él, un sentido muy agudo del honor y de la importancia de su propio nombre. Así, para no empañarlo, rechaza la mejor oportunidad de amor que le ofrece su destino, porque este amor no cumple las exigencias que su profunda serie-

dad le dicta. Alejada pues de este mundo de los afectos desde su más temprana juventud trata de compensar esta falta entregándose, con todo fervor y ascetismo, al ejercicio de su profesión. No quiere ser una de esas máquinas frías y eficientes sino que lleva a su trabajo un hondo sentido religioso del apostolado y de la caridad, aunque estos sentimientos no estén respaldados por ningún credo de iglesias constituidas. Pero esta actitud, sin asidero en las costumbres socialmente sancionadas, sin base en ninguna doctrina, exige de quien la sustenta un esfuerzo que sobrepasa en mucho sus energías. Además La virgen fuerte no siente a su alrededor esa simpatía, esa aprobación tácita y expresa de quienes la rodean y que haría mucho más fácil su misión. Al contrario. Sobre ella se cierne una sospecha infame y no se detienen para calumniarla. Nadie está dispuesto a creer en la pureza de sus intenciones ni de sus actos. Y todos los hombres que se acercan a ella considerándola presa fácil y que se alejan despechados no encuentran hipótesis mejor para justificar su fracaso y el ridículo hecho que la anormalidad de esa virgen cuya “fuerza” no es, según ellos, más que una equivocación de la naturaleza, una desviación sexual. Todo esto no alcanza, sin embargo, a destruirla. Pero es huésped de un mundo desconocido y

nuevo cuyas reglas no ha aprendido bien. Así, en un momento en que la persona que ella ha hecho de sí misma, que ha construido libre y responsable, tiene que actuar en forma decisiva; lo hace, pero no guiándose por los principios éticos comunes y admitidos como lo haría un hombre ni por los postulados de su profesión, sino dejándose guiar por un impulso y por una emoción irresistibles y que se sobreponen a

t

todo razonamiento y a toda lógica. Desgraciadamente el resultado es catastrófico. Y con esto prueba que no está madura aún para jugar el juego que juegan los hombres y que no ha entendido ni se ha apegado verdaderamente a las instituciones varoniles y éstas, si se ponen en manos de las mujeres, no serán respetadas ni obedecidas. Será pues expulsada de ese mundo para el que no tiene todavía carta de naturalización. La tensión bajo la cual se ha mantenido, el equilibrio roto en una decisión suprema y equivocada, la duda en la que se debate no pudiendo justificar sus acciones, todo, la conducen a un paroxismo del que saldrá destruida.

Con menos dramatismo y rigor, con la mansedumbre con la que se contempla lo irremediable Concepción Sada llega a las mismas conclusiones pesimistas. En El tercer personaje y En silencio , sus dos obras dramáticas, las protagonistas son mujeres que han hecho la carrera de medicina y han logrado éxito en ella. Y allí se descubre que el éxito sí es posible pero no vale la pena. El éxito no ha contribuido a la felicidad personal de ellas. Al contrario, ha estorbado. Exige demasiados sacrificios y la compensación no deja nunca de ser abstracta, impalpable. Y por ella han cambiado una satisfacción tan inmediata y verdadera como es la maternidad. Porque dígase lo que se diga es hacia este centro hacia donde gravitan todos los anhelos femeninos, es hacia donde desembocan, después de páginas y páginas de sufrimiento y de esfuerzo sobrehumano, todos los personajes de todas nuestras escritoras de esa época. De la frustración del instinto maternal provienen las neurosis, las actitudes falsas, los errores, los vicios de las

mujeres. De su realización emana todo lo necesario para el ennoblecimiento y la dignificación.

Lo que puede colegirse de todos estos documentos es que al través de ellos se ha patentizado una convicción basada en la experiencia, de que las mujeres no están confinadas a una situación de inferioridad por motivos económicos ni por motivos sociales. Pues ambas circunstancias pueden variar sin que se modifique profundamente la actitud de ellas. No consiste en nada externo pues. Sino que la constitución propia, íntima de las mujeres es la que exige la sumisión y la servidumbre para cumplir al través de ella un destino puramente biológico.

Hace poco María Elvira Bermúdez declaraba en una entrevista que la mujer mexicana era un caso típico y extremo de masoquismo. Las extranjeras que han visitado nuestro país (Gabriela Mistral es el más ilustre ejemplo), se asombran y se escandalizan de la pasividad sin protesta con que las mujeres mexicanas aceptan las humillantes condiciones de su vida familiar y social en las que, casi sin excepción, tienen que desenvolverse. Pero si nos aproximamos a este fenómeno un poco más de lo que puede hacer un extranjero, encontramos que no hay una pasividad disgustada o indiferente sino un verdadero disfrute, una especie de embriaguez de la autoinmolación en el altar de un ídolo cuyos pies de barro son de todos conocidos: el hombre. El hombre que, después de haber perdido el prestigio de ser el único capaz de saber cómo se gana el dinero; que tampoco es el único que ha conocido un horizonte más amplio que el del hogar, continúa siendo mirado con un respeto supersticioso, casi con temor, y ocupando el lugar del privilegio y del mandato. ¿Por qué? Porque sólo al través de él la mujer puede convertirse en madre y la mujer mexicana es esencialmente eso. Pero veamos qué tipo de madre. La encontramos retratada en una figura ficticia en la que la autora quiso hacer la “encarnación del ideal de mujer mexicana”. Esta figura es Rosario, la protagonista de la seudo-comedia Maternidad de Catalina D’Erzell.

Catalina nunca tuvo más pretensión, como escritora, que la de gustar a un gran público ansioso de ver reflejados sus problemas sin la

menor intervención del arte. Un público que va al teatro para hacer cómodamente la digestión de una buena comida de domingo. Pero ya hemos anticipado que estas obras no son considerables estéticamente sino sólo como el síntoma de un modo general de vivir y de actuar en nuestro país. Así ya podemos analizarla. Rosario empezó por ser una soltera intachable y luego una esposa abnegada para llegar, como coronamiento y fin de su evolución, a convertirse en una madre tal como se concibe y generalmente se practica en nuestro medio. En primer lugar es una madre auto-suficiente. La figura del marido, dentro de la constitución familiar de México, tiende, de una manera progresiva a no ser indispensable. A semejanza de ciertas especies animales donde el macho sólo es útil en el momento de la procreación, el marido en México, después de haber fecundado a la mujer suele evadirse del hogar del que huye para fundar otro que a su vez abandonará para fundar otro y así hasta la vejez. La casa (chica o grande) queda entonces confiada exclusivamente a la vigilancia y la responsabilidad maternal. Este fenómeno es tan-

to más frecuente cuanto menos instruida y más pobre es la clase social a la que los cónyuges pertenecen. Pero aun en aquellos estratos sociales en que existen hogares bien cimentados por ambas bases, el padre (aunque no desaparece físicamente) va viendo, al pasar los años, cómo su figura va perdiendo importancia hasta ser una imagen borrosa y triste. El principio de autoridad que el padre cree encarnar lo coloca frente al resto de la familia en una actitud hostil y distante. Los hijos se sienten entonces protegidos ante esta amenaza por la presencia de la madre. A propósito de esto dice Jorge Carrión en su libro Mito y magia del mexicano que “de la conjunción de las dos razas (española e indígena) nace el mestizo. Fruto de la violencia española y el desesperado resistir de los indígenas exhibe en su vida el trauma psicológico de quienes son rechazados por sus propios engendradores”. El padre continúa siendo el elemento de la fuerza brutal y victoriosa del español y en la madre ve a la raza indígena “cuyos modos religiosos estaban fijados en etapas primitivas en las que los símbolos representaban siempre esencias femeninas; la tierra fecunda, las cosechas fructíferas, la madre en fin, que en la subconsciencia del indio imperaba como impera en la del niño”. Así en la constelación de afectos familiares, tan bien observada por

Freud, se forma un complejo de Edipo agudizado por los acontecimientos históricos demasiado recientes aún entre nosotros y por lo tanto mucho más sólido y difícil de destruir. Y también esa característica de las relaciones humanas que es la actitud sádica y su contrapartida el masoquismo se encuentran aquí agravadas hasta un grado que puede considerarse verdaderamen-

te patológico. Las mujeres en México llegan a unos límites de gusto por la autoinmolación que sobrepasan en mucho las nociones corrientes de la dignidad de la persona humana. Funcionan bajo otro signo de valor: el del sacrificio, la abnegación, máscaras bajo las cuales se esconde una realidad evidente: el placer que encuentra en ser humillada, escarnecida y ocupar en todas las ocasiones posibles el sitio de la víctima.

Esta Rosario de la que venimos hablando si aspira a encarnar el ideal femenino del mexicano debe ceñirse pues a estas características. Y lo hace sobradamente. La encontramos en el principio de la comedia muy joven aún y hermosa, ya cargada con tres hijos y abandonada por el marido. Tiene entonces que hacerse cargo de la casa y que resolver los asuntos económicos. Como ha recibido una educación muy imperfecta no está preparada para el desempeño de un trabajo bien retribuido. Tiene que desempeñar labores agotantes pero además mal remuneradas. Se aniquila poco a poco frente a una máquina de coser. No come, no duerme, no descansa nunca. Pero a sus hijos no les falta nada y el escasísimo tiempo que le queda libre lo emplea en mimarlos a más no poder y en cantar canciones de cuna. Pero no es suficiente. Puede y le quedan ánimos para ejecutar nuevas renunciaciones. Aparece en su vida una nueva oportunidad de matrimonio. Es un hombre bueno, honrado y que solucionaría sus apuros económicos y suponemos (porque ella jamás habla del tema) sus problemas afectivos y sexuales.

Rechaza esta oportunidad para no poner entre los niños y ella la figura de un extraño. Así permanece sola y sufre y sufre al lado de sus hijos.

Éstos crecen y a medida que lo hacen la atormentan con medios cada vez más complicados. Siguen todos los malos caminos que se les ponen al alcance y llegan hasta a abofetearla mientras ella se retuerce en el suelo en un paroxismo de felicidad suprema. ¿Esto es todo? Pues no parece una apología de la maternidad sino una mala propaganda en su contra. No, éstos son únicamente dos actos. En el tercero han pasado mil años. Los hijos han seguido los malos caminos y ya están de regreso regenerados y llenos de nietos con los que Rosario continúa ejerciendo su abnegación hasta el fin de los tiempos. Y para hacer resaltar mejor sus virtudes y cualidades la autora ha puesto a su lado, y para que sirva de contraste y término de la comparación, a otra mujer. Ésta es frívola; se casa con un hombre riquísimo, usa perfumes y pieles, es muy guapa, se pasea por Europa, posee alhajas fabulosas y se divierte a más no poder. Pero las apariencias engañan. ¿Debemos deducir de todo esto que esa mujer es feliz? Nunca. No tiene hijos ni puede entregarse a las orgías de sacrificio como lo hace Rosario. Llega a la vejez insatisfecha y descontenta. No ha ejercitado sus potencias más esenciales.

Alguien ha dicho, en una frase cruel por lo certera, que en México las mujeres son muy mujeres y los hombres... también. En efecto, el aumento constante de la homosexualidad masculina ha exigido ya teorías para explicarlo. Y mejor que pensar en una reminiscencia de las costumbres indígenas que consideraban natural esta costumbre, cabe suponer que la fijación sentimental del hijo en la madre que “en la vida doméstica impone su autoridad por un tiempo anormalmente largo, sus amorosos cuidados se extienden hasta

cuando se convierte en traba para el libre vuelo del joven atado, por lo demás voluntariamente pues es muy cómodo, al placentero regazo materno”. Sigue precisando Jorge Carrión en su libro citado: porque “el niño evoluciona conciliando dentro de su ser y en la medida de sus fuerzas este par antagónico de proyecciones: las de índole masculina, atemorizantes y desagradables, y las de naturaleza femenina, placenteras y protectoras. La infancia del hombre transcurre presidida por símbolos femeninos [...] La crisis de la adolescencia marca en el hombre la inversión de su simbolo-gía. Por eso a veces durante ella se hace el joven más femenino, o bien reacciona con la máscara grotesca de una exagerada virilidad”. Esto

es el machismo, ese gesto de falso desafío con el que el mexicano se enfrenta a un mundo que en realidad desconoce y teme. Todo esto gracias a que la madre mexicana “no deja, en su asidua ternura, que se endurezcan sus hijos en la confrontación de los valores masculinos y agresivos que informan al mundo moderno, como tampoco deja que el niño habitúe su aparato digestivo a la comida variada, prolongando anormalmente el amamantamiento”. Esta conducta no sólo deforma al hijo en el terreno puramente sexual o afectivo sino que modifica los caracteres de la política y la economía, según las agudas observaciones de Cardón: “en la política el intolerante jacobino del Congreso se caracteriza por la dócil sumisión hogareña a los símbolos religiosos que en cursis cromos tapizan las paredes de su cama. Por si fuera poco, el político mexicano, sobre todo el político menor, actúa guiado por el pensamiento mágico. Así para él las cosas y las personas son capaces de transmitir, por contaminación, sus virtudes y poderes y de ahí nace el acechar constante de una sonrisa del jefe, del apretón de manos del mandamás y, cuando se ha modernizado mucho este pensamiento, se desea ardientemente una foto de Kodak en la que se vea la contigüidad del interesado con el presidente de la República, como si éste dejara algo de su autoridad al afortunado acompañante fortuito”. “El lenguaje del mexicano, por eso también, es elítico y huidizo, no por carencia de léxico que, antes al contrario está enriquecido por miles de mexicanismos, sino para cubrir así la inseguridad y para ocultar las propias intenciones. El mexicano al hablar coquetea o bien lanza buscapiés o si se quiere torea pero no se enfrenta con la realidad. El coqueteo, el buscapiés son engañosos y escurridizos y el toreo, manifiesta también a las claras el signo femenino que los preside en su esencia.

”E1 capitalista mexicano también denuncia en sus procedimientos este retorno del pensamiento colectivo a cauces antiguos. Conformando sus corrientes a ellos se encueva y deja que su dinero embote su peculiar movilidad, en la amortización de edificios que no por muy modernos dejan de recordar las cuevas o los desvanes y sótanos infantiles, desde el punto de vista de la actitud retraída y atemorizada que denuncian.”

Ya hemos visto cómo la madre mexicana se comporta ante el hijo de una manera típicamente masoquista y le impone su sacrificio como un lastre que el otro es incapaz nunca de romper. En cambio ante la hija su actitud es precisamente la contraria: sádica. Con una especial complacencia le hace comprender, desde la más temprana infancia, que ha sido llamada para ocupar en el

mundo un lugar de menosprecio. La educa en los mismos cánones en los que ella misma fue educada; la acostumbra a la más ciega sumisión, a las necesidades y los caprichos de los hermanos varones y la hace girar en la órbita de estos pero haciendo marcar muy bien la diferencia que existe entre ambos. Para ellos el respeto y la obediencia y la sujeción. Para ellas la servidumbre y la dependencia. La prepara así para que con el tiempo llegue a convertirse en una esposa y una madre típica con su consiguiente secuela de perjuicios para la sociedad entera que continúa una tradición en la que se acentúa el desequilibrio de los puestos que ocupan los diferentes miembros de la familia. Este desequilibrio no puede producir —y de hecho no produce— buenos resultados. Aparte de la poca salud sentimental que revela lleva sus consecuencias mucho más allá del ámbito familiar hasta la integración completa el país cuyas formas económicas y políticas están teñidas y modificadas por el ejemplo inicial de la familia. México no podrá ser nunca una nación grande mientras la constituyan niños que no se deciden jamás a dejar de serlo para convertirse en hombres y mujeres con complejo de alfombra. Algo podría hacerse por medio de la educación. Pero hasta ahora la escuela se conforma con ser una prolongación del hogar. Bastaría con mostrar que en el fondo de la actitud femenina aparentemente tan noble no hay más que un atroz egoísmo.

De esta necesidad ya se están dando cuenta algunas educadoras y a ella responde la fundación de algunas instituciones que han tenido éxito y prosperan y se multiplican. Se nos ocurre que el ejemplo más evidente es la Universidad Femenina.

Aunque no esté dotada de la seriedad y el rigor científicos que serían de desear y esté mezclada con una serie de elementos frívolos que impiden se le conceda un incondicionado prestigio, es en cierta medida útil. Allí se está formando una nueva conciencia de lo que es

la función de la mujer dentro de la sociedad actual de México. Se la capacita para poder desempeñar una serie de labores útiles y se propugna por interesarla en problemas cívicos y políticos de los que ancestralmente se encontraba desligada y consideraba indigno ocuparse. Todo esto redundará, aunque sea muy a la larga, en beneficio de la nación. Por otra parte grupos cada vez mejor preparados de trabajadoras sociales ponen el dedo en la llaga de nuestra realidad; la interrogan con los instrumentos más precisos con los que hasta ahora cuenta la sociología y tratan de modificarla y de mejorarla. Pero mientras esto sucede, mientras la mujer mexicana deja de ser un lastre para el desarrollo de su país y pone sus virtudes al servicio de una causa más inteligente y generosa que la que hasta hoy le ha exigido lealtad, continuaremos siendo, como hasta hoy, un "pueblo espectador por excelencia" en el que la experiencia estética es la única en la que hemos alcanzado plenitud y madurez.

De todas las artes la que exige un desarrollo y una complejidad mayor del espíritu, es la literatura. A ella se llega en el momento en que la conciencia nacional ha cristalizado en conceptos. Antes el "uso de la palabra" es una necesidad de la impaciencia, un ejercicio previo. No el instrumento para lograr la obra maestra. Porque cada vez se puede pensar menos en que el genio (esa capacidad humana de interpretar un mundo, de crear otros) es

una responsabilidad y un mérito estrictamente individuales, sino producto colectivo que sólo aflora en cierto nivel de la evolución cultural de un pueblo. Olvidemos por un momento los desplantes de algunos, la alharaca de muchos, la suficiente petulancia de los demás, para preguntarnos —con rigor y seriedad— si el clima intelectual de México hace posible ya la aparición de un genio literario. El escritor de ahora no cuenta con más elementos que los datos contradictorios, dispersos, de una realidad nacional que apenas empieza a plasmarse, en la que, además, se refleja un momento de la historia universal excepcionalmente fluctuante e inseguro, donde todas las verdades se tambalean, todos los valores se confunden, todas las posiciones se truecan. ¿Y cuál es su vehículo de expresión? Un idioma que todavía debe considerar prestado, que no logra aún asimilar por completo, cuyas palabras permanecen en la boca, duras como guijarros, útiles más para ocultar que para revelar

las intenciones. El talento, el esfuerzo personal, por vigorosos que se les suponga, tienen que agotarse en el intento de superación de estos obstáculos que de manera tan inmediata se le oponen. Dentro de este cuadro, de ninguna manera pesimista, tenemos que colocar varios nombres de mujeres.

La poesía femenina, que tuvo un inusitado florecimiento en Sudamérica a mediados de este siglo, se caracteriza por una serie de elementos que no exclusivamente literarios. La fama de que gozaron muchas de sus cultivadoras no se debió tanto a la calidad lírica de sus escritos sino más bien a la rareza que significaba —en un ambiente intelectual tan raquítico como el hispanoamericano— el hecho de que una mujer se dedicara a

menesteres que no fueran los culinarios... y sus derivados. Además era una poesía deliberadamente hecha para causar escándalo. El aspecto erótico no se consideraba (antes de Freud, naturalmente), un tema corriente de conversación entre las señoritas bien educadas.

Y de pronto irrumpe un coro de ménades furiosas gritando a voz en cuello los placeres y las torturas de la carne. Y el colmo: con pretensiones artísticas. Con la convicción de que estaban reclamando para sí el ejercicio de un aspecto de la dignidad humana del que jamás habían gozado. Y con la tranquilizadora idea de que ésta era la última exigencia de la moda. Tenían que causar asombro, admiración, rechazo. Y no únicamente den-

*

tro de los círculos de escritores. Estos, ay, no supieron resistir el asalto. Recordaron a Safo y empezaron a tejer coronas de laurel para sus tardías seguidoras. Pero a pesar de los elogios de los grandes (Alfonso Reyes llamando a Juana de Ibarbourou Juana de América; Rubén Darío comparando a Delmira Agustini con Santa Teresa), poca sustancia queda de aquellos años de efervescencia y entusiasmo. Algunas palabras que merodean en torno del único tema: el cuerpo. Los fenómenos fisiológicos en bruto, sin transformarlos gracias a una interpretación, sin aclararlos confiriéndoles un sentido. “Sentimentales, sensibles y sensitivas”,

como era de rigor en la época modernista, las poetisas sudamericanas de entonces crearon una escuela y un modo que se apresuraron a copiar las escasas mujeres alfabetizadas de nuestro continente. El resultado no podía ser más lamentable. El ridículo, el desprestigio acabaron nimbando todo libro manufactu-

t

rado por mujer. Contra este desprestigio y este ridículo tuvieron que luchar quienes se dedicaban a la tarea literaria con toda la seriedad con que se asume un oficio, sin confundirla con una válvula de escape para desahogar menopausias. En la misma Sudamérica surgió la figura de Gabriela Mistral, con la reciedumbre de un espíritu apasionadamente religioso, bien nutrido de esencias clásicas y apegado al habla y a las maneras de su pueblo.

La obra de Gabriela es breve pero está traspasada de un ímpetu tal y de una gracia, tiene una raíz tan honda y verdadera, un lenguaje tan nuevo y vigoroso que no se ha necesitado más para que ocupe la primera línea de la poesía americana.

En México las cosas sucedieron de otro modo. En otro tiempo y con otros matices. Recordemos que aquí la protesta femenina no ha sido nunca descarada y franca. La actitud inicial es la de aceptar, sin discusión de ninguna índole, la situación de inferioridad; la de compartir y defender acaloradamente todas las ideas, todos los prejuicios, todas las costumbres que hacen posible esa situación. Y luego, como dando disculpas, escribir o dedicarse al trabajo social o hacer algo que no es lo que ancestralmente se considera como lo que debe o está permitido que haga una mujer. No esperemos pues encontrar proclamas rebeldes, feministas emancipadas con deseos de hacer prosélitos. Al contrario. Mujeres que como saben un poquito más que las demás les aconsejan que nunca, nunca y por ningún motivo intenten salirse de la regla. Y que si alguna vez lo hacen escribiendo por ejemplo, empleen para ello la receta del jarabe más innocuo.

Hay toda una escuela de poetisas cuyas palabras no imprimen ni la menor turbación a la atmósfera de la región más transparente del

aire. Hay impecables amas de casa que en sus momentos de ocio se entretienen en llevar al papel sus ideales de orden, limpieza y seguridad... domésticos. Por lo demás su temperamento es como se supone que debe ser el de una señorita decente: tranquilo y afectuoso. Con esto bien podía recorrer toda la gama de amores desdichados para llorarlos con pequeñas lágrimas. Crepúsculos, bucles sobre la frente, pétalos amarillentos entre las páginas de un libro. Ausencia, niebla, lagos que no producen el más mínimo deseo de ahogarse en ellos. El mundo es el que se contempla al través de la ventana de una casa antigua. Quizá por eso es que con tanta frecuencia vemos cruzar en él empleados ambulantes: el cartero, el afilador, el organillero. Para decir todo esto no se necesitaba inventar ninguna forma literaria nueva. Bastaban las ya consagradas de fin de siglo y a ellas se atuvieron quienes no fueron capaces de olvidar en ningún momento de su carrera poética que eran ante todo, damas.

Este olvido sí aparece con extraña insistencia en los versos de nuestras poetisas tropicaloides cuyo éxito de público ha sido paralelo al desdén (muy merecido, por cierto) con el que fueron miradas en los cenáculos literarios.

No nos hemos referido a los ejemplos anteriores por su importancia intrínseca sino por lo que determinan los acontecimientos subsiguientes. Entre lo que antecede y su consecuencia se prolonga una larga etapa de silencio que las voces de Lázara Meldiú, Margarita Mondragón, María del Mar, etc. no pueden romper. Todos son tanteos sin originalidad y sin trascendencia hasta la aparición de un "alma selecta de noble inteligencia y aguda sensibilidad", según definición de don Gabriel Méndez Planearte. Ella es Concha Urquiza, la piedra angular del movimiento poético femenino que alcanza esplendor y desarrollo en México durante la década 1940-1950. Y decimos que la piedra angular no sólo por ser anterior a todas en el tiempo y superior en la calidad sino porque la tendencia que Concha representó ha sido —más o menos inconscientemente— continuada y seguida por las demás. Y esta manera de concebir la poesía y de practicarla, es la que da su sello especial, su carácter, su estilo, a la ya abundante obra escrita por manos de mujeres en nuestro país.

Pero ¿cuál es esta manera? Aparece en primer lugar no como una actitud original sino como la reacción en contra de otras: la sudamericana y la doméstica. Todos los elementos que en el continente austral y en México se usaron y abusaron fueron descartados y sustituidos por otros. Se desconfiaba de los sentimientos (esa mermelada de fresa que atrapa tantas moscas) y de los sentidos. Y naturalmente se ensalzaba la inteligencia. ¿Se había descuidado la forma? Pues a pulirla, a dominarla. Y en cuanto a los temas la superficialidad tan epidérmica con que eran tratados no podía conducir más que a la mediocridad y el fracaso. Era necesario ahondar, buscar las relaciones aparentemente ocultas entre las cosas, referir los hechos cotidianos a una instancia superior. Y sobre todo no creer que el escritor es una especie de tonel de las Danaiclas a la inversa de donde siempre es posible extraer y extraer sin haber antes

procurado darle un contenido. Horror a la improvisación, al paso en falso, a la genialidad sin asidero en la tradición. ¿Qué produjo todo esto? Un hallazgo de ciertos problemas religiosos y metafí-sicos que parecían exclusivamente reservados a la consideración del espíritu masculino. Además de la seguridad y el aplomo para expresarlos. De aquí que para designar a escritoras como Concha sus críticos sientan repugnancia al llamada poetisa, nombre “tan desacreditado y profanado por la turbamulta de aves de corral” y tengan que llamarla poeta. Nada hubiera podido halagarla más.

El temperamento de Concha se quemaba entre dos fuegos: la inteligencia y el fervor religioso. Le preocupaba sobremanera el problema de su salvación y se entregó apasionadamente a los medios que se le presentaron como idóneos para alcanzarla. Al grado de que llegó a confundir sus sentimientos e imaginar una vocación monástica hacia la cual dio los primeros pasos. Pero no continuó pues con igual intensidad la solicitaban el mundo y el amor humano. En ella dos fuerzas lucharon siempre sin vencedor y sin tregua: el impulso místico y el estético. Por ninguno de ellos logró decidirse nunca y cada uno obstaculizó el pleno desarrollo del otro. Como asceta renunciaba a todo, aun a escribir, porque todo es vanidad. Como escritora no podía renunciar más que parcial y esporádicamente a la contemplación de la belleza de las cosas creadas, al gusto por el saber, a la destreza en discutir, al gozo de

encontrar una palabra exacta, una imagen brillante, una forma perfecta. De estas contradicciones, de estos forcejeos constantes hallamos testimonio en muchas de sus cartas. Un síntoma también es el descuido con que

t

deja dispersos y desordenados sus originales; su falta de interés por publicar sus poemas. Y al mismo tiempo la fidelidad y la constancia con la que continúa plasmando en poemas sus conflictos. Pero esta periodicidad de la aceptación y el rechazo no pudo menos que perjudicar su obra. Muchas personas que la conocieron y la trataron de cerca afirman que lo que se ha recopilado de ella no es más que una parte muy fragmentaria de lo que dejó hecho. Y que si bien lo conocido muestra la predilección casi absoluta por el tema religioso o la descripción del paisaje y la naturaleza o el ejercicio retórico esto no indica que hayan sido los únicos aspectos de su creación. Sino que se ha escamoteado al público otro tan extenso y tan intenso como los enumerados: el erótico.

La poesía de Concha está cobijada a la buena sombra de muy buenos árboles. En primer lugar la Biblia, el panorama estupendo como la llamara Gabriela, de la que toma las figuras más sugerentes y conmovedoras para hacer una serie de sonetos que por su violencia y su patetismo recuerda a la Gabriela de Desolación, aunque desde luego aquí haya mayor dominio técnico y más perfección formal. Pero no fueron éstos los únicos frutos que las Escrituras dejaron sobre la poesía de Concha. En las liras, en los romances, en las églogas, encontramos reiteradamente alusiones a nombres, a hechos, a símbolos bíblicos. De “la carne cruda” del Antiguo Testamento, como gustó de definirlo Rolland, prefirió El cantar de los cantares, el libro de Job y el de Ruth. Del Nuevo se detiene especialmente en los Evangelios. Después viene su formación humanística: los clásicos griegos. Homero, Esquilo “el de las palabras corona-

das de almenas”, Bion, con el que andaba de la mano “por la selva rumorosa de Adonis”. También los latinos a los que pudo conocer y apreciar en su propia lengua. Virgilio muy principalmente. Luego la gran tradición española: el maestro cabdoso, Gonzalo de Berceo;

Fray Luis; San Juan de la Cruz, el romancero y ¿cómo no? García Lorca. Desdeñó a los franceses y de los hispanoamericanos se preocupó muy poco. Herrera y Reissig del Uruguay le proporciona un epígrafe para sus Cinco sonetos en torno a un tema erótico.

En su correspondencia habla del “pobre y querido Amado Ñervo” y se sabe que gustaba de recitar poemas de López Velarde. Hay, sin embargo, una reminiscencia que no se ha apuntado: la de Gabriela Mistral. No únicamente por el tono y por las mismas fuentes en que ambas bebieron, sino por la forma misma: la de los nocturnos de la chilena, el primero de los cuales se encuentra en Desolación y cuya musicalidad, disposición de los acentos, son semejantes a algunas de las canciones y romances de Concha.

La formación intelectual y su gusto literario no podían ser más exigentes ni mejores. Lástima que nombres tan ilustres y modos de expresión tan definidos estén siempre presentes entre el lector y la autora. En muchas ocasiones también los poemas de Concha, ya sea por la fidelidad al modelo o por la rigidez del molde en el que estaba vertido, pecaban de frialdad, parecían más bien meros ejercicios retóricos. Pero en donde su temperamento se desborda, donde sus conflictos internos surgen en toda su desnudez y toda su dramaticidad es en la prosa, en esos fragmentos de Diario que el padre Méndez Planearte publi-

có; en ese epistolario donde con tanta pasión y con tanta sinceridad se muestra su alma, enamorada a muerte de Dios.

Aquí y en la poesía sus palabras tienen siempre la gravedad que imprime en ellas la convicción moral, el sentimiento de la culpa, la necesidad de la salvación y del rescate. Muy rara vez considera los objetos en sí mismos, sin ninguna referencia ulterior y muy rara vez se detiene en ellos y no les pide algo más que su belleza. Cuando lo hace habla de su tierra natal —Michoacán— con fervor y nostalgia. Y dice que habrá de tornar a él igual “que torna la niña cuando se mira al espejo”. En el romance titulado “Un mancebo” adopta también una actitud poco usual en ella: se enfrenta con una sensualidad pura a la que no empaña la más ligera idea de pecado ni de responsabilidad moral. Pero aquí, como en todo el resto de su obra,

se hace patente su necesidad y su intención de sobrepasar los límites de la femineidad, condición de la que nunca pareció sentirse orgullosa ni satisfecha. Quería llegar a ese centro del espíritu en que las diferencias que imprime el sexo parecen menos visibles y desde allí hablar. Como todos sus modelos eran masculinos llegó hasta el punto de referirse a sí misma como si fuera un varón y a tachar de afeminado todo lo que para su gusto pecaba de falso, de débil, de deleznable.

La poca preocupación que durante su vida mostró por la publicación de sus escritos; su muerte repentina y trágica, el celo con que se cuidaron los poseedores de escritos suyos de entregarlos a la divulgación, todo conspiró para que su nombre y su obra tuvieran menos trascendencia de la que merecían. Pero en el ámbito en que sus ver-

sos eran difundidos fueron apreciados como lo más importante que hubiera escrito una mujer en México desde la muerte de Sor Juana. No tardaron en surgir otros nombres que, aunque seguían en lo esencial la línea implantada por Concha (línea de seriedad, de conciencia profesional, de hondura), vendrían de muy distintos orígenes a desempolvar muy distintos temas.

El dios de Margarita Michelena es diferente. No es ese dios personal, directo, a ratos “demasiado humano” del Antiguo Testamento. Es más bien una de esas concepciones vagas de los orientales; un color impreciso del que se tiñe el universo. Con una idea de esta índole es difícil establecer una relación apasionada y exigente. Hacia ese alrededor que nos llama de mil diversas y sutiles maneras se vuelve uno con un vago impulso, avanzando en su interior como en el interior de una niebla apagada y amortiguadora. Todo puede ser camino... y no serlo.

Pero el hallazgo no depende ni de la voluntad propia ni de una ley escrita ni de una determinada conducta moral. Lo que para el católico sería la gracia divina aquí es el destino, el dedo de Dios señalando a un ser, separándolo de los demás para convertirlo en un instrumento de los propósitos divinos. El ser así elegido se encuentra imposibilitado para la satisfacción de sus necesidades y anhelos

individuales. Esto provoca en él una reacción ambivalente. Por una parte la sensación de culpa ante el resto de la humanidad (una especie de complejo de Caín), no sólo por no compartir las limitaciones y los sufrimientos de los demás sino por hallarse colocado en un terreno enemigo y que va contra los intereses de ellos. Y respec-

to a esa fuerza a la que el elegido sirve de instrumento, la deprimente sensación de ser una víctima, la autocompasión o la rebeldía, pero de todos modos la certidumbre de que existe una enorme desproporción entre lo que uno es y el papel que le ha tocado desempeñar.

Dentro de este orden de ideas la situación de Margarita está nítidamente determinada. No se preocupa uno tanto por los elegidos si no se siente uno formando parte de ese grupo que está marcado por un estigma maravilloso y terrible. En este caso el estigma es el de la poesía que no es

ni promesa ni muerte

sino

jubilosa y presente criatura , inocente y redonda como piedra que el agua modelara con su música más para ser como jlngida perla debajo del cristal, que daga oscura.

Por eso,

todo aquel que canta

el hijo vuelve a ser que tiene herencia

de la más dulce vid, laurel y agua.

Porque el hombre no es más que un desterrado, una parte que cercenaron de la primera esencia. Es uno que

para el natal paisaje, para el mundo inocente

del que bajara un día sus ojos están ciegos.

Pero de aquel “topus uranos” conserva una memoria tal como entendía Platón esta potencia.

Y naturalmente con la memoria viene la nostalgia, el ansia de recuperar el primitivo paraíso que no se cambia por ninguno de los bienes de este mundo mezclado y “terriblemente transitorio”. Para volver hay un camino: la poesía, la palabra que adquiere así una singular importancia. Ni la conducta moral, ni los valores de la santidad conducen con tan segura precisión a recuperar la plenitud perdida. La palabra se concibe entonces como una especie de amuleto, de conjuro mágico para derribar los obstáculos colocados alrededor del hombre a quien le basta acertar con la palabra exacta para sentirse arrebatado hasta las cimas de la más alta contemplación.

El poeta es entonces como quería Rilke “el hombre que habla a los hombres de Dios y a Dios de los hombres”, el puente de unión entre dos naturalezas separadas por el pecado. En suma, una especie de redentor de la humanidad, el que la justifica y la muestra como una ofrenda agradable a los ojos del creador.

Es difícil tener una idea tan alta de la misión que se desempeña en el mundo y no caer en un vértigo narcicista. Esta tentación no fue resistida por Margarita Michelena. Toda su obra está llena de espejos, en los que con gran complacencia, se refleja.

Te asomas al espejo

en que, sin huellas, paso por mi imagen y que es en aire y tiempo edificado.

Constantemente se desdobla para verse a sí misma.

Como si hubiera muerto yo te miro.

Eres mi propio cuerpo.

La carne inmóvil, suspendida y triste a la que pertenezco.

Considera entonces lo que esta imagen contemplada es y significa y

un gran dolor por ti me sobrecoge.

Si no fueras mi cuerpo, mi propia y anegada superficie yo te acariciaría

como a un niño de filos y de cardos, de escondida ternura y seco llanto.

Pero el precio que hay que pagar para alcanzar esta lucidez es alto. Se paga con la inmolación de toda felicidad común y corriente, de toda ambición individual. La anulación del propio yo para que al través del vado que se deja abierto pase la voluntad divina. ¿Y cuál podía ser, en el caso de una mujer, el destino rechazado para aceptar ese otro, supremo? Pues la maternidad y el amor. De su renunciamiento se lamenta Margarita en varios poemas que, por cierto, son los más conmovedores y en los que mejor se transparenta un auténtico y profundo sentimiento.

De su primer libro, cuyo título revelador es Paraíso y nostalgia entresacamos fragmentos de un poema titulado de una manera también bas-

tante obvia: “Fuga de mi destino”, en el que así expresa su rechazo del posible advenimiento de un hijo:

No desciendas

de ese celeste río en que navegas.

[...]

Tú tendrías un rostro, un nombre y unas lágrimas y una muerte como todos nosotros.

Yo niego esta sombría escala de mi cuerpo para el amargo viaje de una estrella en destierro.

Y en Laurel del ángel , su segundo libro, vuelve a tomar el tema, ahora con más seguros y certeros medios de expresión, en su poema “Por el laurel difunto”:

Esa ceniza de alguien que no vino, a quien no pude dar el minucioso labrado de su voz y su columna, ese entrañable muerto de mí misma cuyo nombre no sé ni sé su rostro es la madera impar de este naufragio y nada más la huella de nosotros.

Y después de esta renunciación desgarradora pero inevitable para alcanzar esa soledad previa que es necesaria para avanzar en el camino espiritual, ¿qué sucede? Se entra en un túnel oscuro de dudas sobre la validez de la acción ejecutada; un sabor de culpabilidad y una esperanza muy

difícilmente sostenida en el ideal que se propuso alcanzar. Fruto de esta etapa de "sequedad del alma" son muchos de los poemas que integran Laurel del ángel La "Elegía", por ejemplo:

Imaginad un árbol con las ramas por

dentro,

ahogado por su propia e imposible corona y que cautivo lleva — aniquilándole — el fruto no vertido de su sombra.

Yo venía

de ser raíz, para subir a sueño, de ser oscuridad a dividirme en el sereno reino de mis hojas.

Subiendo estaba y encontré esta muerte.

O en "Muro que da al Norte":

A ti se va como quien abandona la súbita esmeralda del oasis para marchar, en fascinado viaje, por la sed triturada de la arena sin diálogo , sin agua y sin follaje.

Y la pregunta "A las puertas de Sion":

¿Cuando podré marchar hacia tus prados, a tus torres de oro?

¿Cuándo, por tus jardines apartados, iré ya sin mi muerte, ya robada para el ancla vencida de mi polvo?

La obsesionada interrogación, el desaliento, la soledad, el dolor, la frustrada esperanza,

constituyen la tónica de esa serie de poemas (“La flor vacía”, “El cainita”, etc.), publicados en la revista antológica América y con los que formó su libro próximo a aparecer: La tristeza terrestre. Sólo una vez halla la justificación, la alegría del cumplimiento, el término del plazo:

Lo que fue roto espejo ya es estrella.

Lo que era voz impar es como el coro

donde posibles primaveras cantan.

Y nada más. Parece como si hubiera ido internándose en un callejón sin salida cuyo término, cada vez más próximo, le fuera sellando los labios con silencio. Podemos pues juzgar ya esta etapa como si estuviera terminada. Es fácil encontrar los puntos débiles de esta doctrina que no pretende sustentarse en ninguna base de razonamiento o verdad objetiva sino en una suerte de impresión interior y experiencia intransferiblemente personal.

Ya antes ha asomado el nombre de Rilke y no ha sido por casualidad. Muchos de los elementos temáticos y aún de los meramente decorativos de la obra del poeta checo están presentes en la producción lírica de Margarita Michelena. Los ángeles como símbolo reiterado de la espiritualidad; esos paisajes más imaginados que vistos; la delicadeza para aproximarse a los objetos, apenas rozándolos con un adjetivo, y esa especie de anemia deliberada, de palidez enfermiza. Pero Rilke está solamente traducido al español. Y mal traducido además. Se puede captar el sentido de sus palabras, su espíritu, pero ¿cómo la musicalidad y la armonía de sus versos que sólo conocemos retorcidos en construcciones infames? Aquí Mar-

garita se aleja de él y se aproxima a un mexicano, con el que además se identifica en el gusto por la lectura de escritores místicos. Estamos

hablando de Efrén Hernández. ¡Cuántas veces lo recordamos ante los versos de Margarita! Laurel del ángel y Entre apagados muros son libros que están emparentados en cuerpo y alma.

Pero hay otros sectores de la poesía de Margarita. Aquí es más superficial, más ingeniosa pero no pretende producir más que agrado. Aquí va de la mano de López Velarde a hablar de la patria, "estatua de silencio y de sonrisa"; a rememorar la ingenuidad y deliciosa cursilería provinciana y a decirla con unas imágenes y unos adjetivos, con una mecánica inconfundiblemente lopezvelardiana. Tienen un mérito estos poemas y es la intención de la autora por salir del círculo narcicista en el que estaba presa, por romper el solipsismo en el que se debatía y que tan funesto fue para su fecundidad lírica. Pero el resultado no es tan loable y esos poemas que editó la Sociedad de Amigos del libro son, quizá, lo más discutible de su obra.

En el "Canto al héroe final" publicado en la revista Poesía de América, incide en esa tendencia que podemos llamar arqueológica mediante la cual se trata de reconstruir el pasado indígena de México. Aunque esta reconstrucción no obre con datos eruditos y sea imposible efectuarla "desde adentro" por el simple motivo de que estamos hablando un idioma que sepultó a los idiomas aborígenes y hablar en español significa pensar en español y ser bautizado en el cristianismo y pertenecer a la cultura occidental y moverse dentro de sus límites y obedecer a la cultura occidental y moverse dentro de sus límites y obedecer a sus consignas. Todo

intento, pues de reconstrucción tiene un vicio original: la distancia, el exotismo, la exterioridad. A pesar de lo cual el poema de Margarita al "único héroe a la altura el arte" se salva por la brillante constelación de imágenes que lo revisten, a su musicalidad y su impecable factura.

Y vosotros, hermanos, los de esas tierras

mudas

de dientes apretados, donde el mezquite

sueña

su diadema de pájaros, su cítara de agua,

y donde lagos muertos nos avientan

su fantasma de sal...

En conjunto la obra de esta escritora merece considerarse, después de la de Concha Urquiza, como la que con más decoro y autenticidad representa el movimiento poético femenino que está desarrollándose actualmente en México.

Pita Amor, según la propaganda, es un caso mitológico. Pero ¿cuál? Hay tantos casos y tantas mitologías que esta afirmación resulta vaga y poco comprometedora. Pero preferimos atenernos a la rotundidad de la frase que quiere suplir, con la imprecisión, la idea de un milagro, de algo insólito, fulminante y maravilloso. Y si nos atenemos al fenómeno de la popularidad, a la multiplicación de las ediciones, al éxito y la fama, el milagro se produjo en esta criatura. Y quisiéramos no tocarla ya más y que así fuera la rosa. Pero es preciso leerla y desde ese momento empiezan a aparecer las causas naturales, las actitudes que en mucho se parecen a los hábitos, la monotonía de lo que es cotidiano y vulgar.

t

Vamos a enumerar. Hay en Pita un deseo (compartido por casi la totalidad de las escritoras), de negar las condiciones peculiares del sexo femenino al que pertenecen. Un deseo, por lo demás tan tristemente común, de no parecer mujer sino un espíritu sin alojamiento en ningún cuerpo, mientras más abstracto mejor porque así se permite un “libre tuteo” con las esencias sin el velo de ninguna clase ele circunstancias temporales ni espaciales. Situado desde una altura inconmensurable ese espíritu dicta sentencias cuya verdad es incapaz de comprender la “humanidad pigmea”. ¿Formas? Las clásicas, naturalmente; el rigor, la lucidez resplandeciendo en la perfección de un soneto, de una décima y hasta de un dístico. Todo

resuelto según la fórmula consagrada: “pensar alto, sentir hondo y hablar claro”. Como programa resulta muy simple. Pero nada más endiabladamente complicado que su realización. En el caso concreto de Pita las complicaciones tienen diversos orígenes. Ella, por su voluntad, se suma al linaje de los místicos y de los clásicos de nuestra lengua, cuando evidentemente su vocación, su temperamento y sus medios expresivos son de un romanticismo típico. El romántico está compuesto de varios ingredientes que forman una mezcla explosiva cuya estela se desvanece pronto. Pasado el minuto de efervescencia apenas resulta soportable. El romántico tiene la cabeza llena de teorías y el corazón lleno de sentimiento. Las primeras equivocadas y los segundos forzosamente terribles. Sufre, además, una especie de estrabismo que le hace verse a sí mismo sea cual sea la dirección que lleve su mirada. Su imagen la encuentra en el centro de todos los objetos, de todos los problemas y de todas las catástrofes. Y

se compone, para su propio placer, una figura de maldito, de expulsado de cualquier índole de paraíso, de Caín. Y se pasea entre sepulcros, en noches lúgubres en que la luna semeja una gran calavera sonriendo irónicamente sobre todo el infortunio que alumbra. Cree en Dios, no faltaba más. ¿Con quién mejor se podría comparar? Además es el único con quien vale la pena entablar un diálogo. Pero el tono de voz del romántico no es precisamente el que se acomoda a la plegaria. Al contrario, es la blasfemia y el sitio al que siempre está apuntando su brújula, es el infierno. Pero cuando medita “intelectualmente” sobre el mundo y la existencia, un sombrío materialismo mancha el horizonte y escribe desesperadas lamentaciones con tinta negra, negra, negra.

Bien. Veamos si esta imagen corresponde en algo a la de Pita Amor.

Procedamos con orden. En primer lugar dijimos que el romántico tenía la cabeza llena de teorías. Examinando la obra de Pita no podemos decir (y ella admitiría mal que lo dijéramos) que su actitud general ante los objetos sea la contemplación estética, gozadora de la belleza, de la manera como las cosas se muestran. Tampoco es ese desbordamiento afectivo. Al contrario. Hay una constante inquisición sobre las causas de los fenómenos y las consecuencias de ellos. Ahora que esa inquisición, por falta de método, resulta —la

mayor parte de las veces— además de estéril, lamentablemente ingenua. He aquí algunos ejemplos ilustrativos:

Si el amor no lo be cantado

¿será por que lo be vivido?

t

Si el dolor he pregonado ¿será porque va conmigo?

O este otro:

¿Por qué quise quitarme de las cosas del mismo modo como las tomaba?

¿Por qué nunca fijé yo la mirada en materia que tiene que morir?

¿Por qué siempre traté de resistir a este lodo, que mancha con mirarlo? ¿Por qué intenté ir al mundo y despreciarlo, tratando entonces de mirar al cielo?

¿Por qué busqué en la nada mi consuelo y quise que la sombra me gustara? ¿Porqué huí de que el cuerpo me inquietara e hiciera de mis poros sus esclavos?

¿Por qué insistía en que mis pies atados tuvieran libertad para elevarse?

¿Por qué rogué a mi mente liberarse de tanta combinada situación?

¿Por qué usé tan equívoca pasión para calmar mis tenebrosas ansias?

¿Por qué traté de distinguir distancias que ojos normales nunca pueden ver? Porque quise — ¡ay, osada! que mi ser tuviera un prematuro amanecer.

O este otro en que increpa a los caminos que se le ofrecen:

¿Por qué si negro pareces mostrárteme quieres blanco?

¿Por qué si brillante creces de pronto te tornas llanto?

Y a veces llega a descubrimientos como el que sigue:

Ay luna, tú no eres luna.

Luna , tú estás más allá.

Demasiado luna eres para poder luna, estar.

Ay luna, ven en mi ayuda que yo quiero descifrar por qué siendo tú tan luna, luna, tan extraña estás.

Ella misma confiesa, a su modo, ser lo que llamaría Spranger un homo theoreticus :

Mi pensamiento siempre tan constante hay momentos que aterra por su hondura.

Pero no temamos que en esta hondura encuentre alguna escalofriante novedad. Nada hay nuevo bajo el sol, dijo el sabio, y “pensar que no existe lo existente”, es sólo afiliarse al más extremo de los idealismos filosóficos que Berkeley representa tan bien. Hay otras conclusiones, no más convincentes: una “esférica idea de las cosas" que concibe como iguales “lo grande y lo pequeño, porque siendo, son de igual importancia, que existiendo sus tamaños no tienen proporciones pues no se miden por sus dimensiones y sólo cuentan porque son totales, aunque esféricamente desiguales”. Es difícil seguir el hilo lógico que presidió este raciocinio. Y el resultado en el que desemboca resulta, de cualquier manera, muy inesperado y muy sorprendente.

t

Igual mecanismo oculto rige otras elucubraciones, poco felices también desde el punto de vista poético:

Estrellas que, virginales, lograsteis ser infinitas.

Sólo se explica descubriendo, delicada y psicológicamente, un complejo de vestal. Las contradicciones lógicas, abundan.

Se incubó mi egoísmo en soledad entonces ¡no ha de ser tanto egoísmo!

O los deliciosos saltos de un hecho a otro con el que no guarda, aparentemente por lo menos, ninguna relación:

Si mi niñez, más que niñez, fue abismo no es raro que llegara a esta verdad: que lo único que vale es el ser mismo.

Pero no es únicamente falta de método lo que hace tan deleznable esta captación intelectual de las esencias. Es un egocentrismo absoluto, confesado varias veces, que impide la serena objetividad de la actitud filosófica:

Todos hablan de mi vida; algunos de mis amores.

Que ya es concederse bastante importancia. Y como si fuera poca, interviene aún el mundo que "en su destino (de ella), pretende ser justiciero". O estas hipérboles:

Cada vez que lloré

con el llanto vertido a la tierra inundé. Cuando me sonreí

con mi risa esparcida todo el aire invadí. Si llegué a suspirar

mis suspiros tornaron más convulsa la mar.

Y esta declaración:

Me ahogo en mi total egocentrismo mas no puedo pensar de otra manera; que todo morirá cuando yo muera que al acabarme empezará el abismo.

No son necesarios más testimonios y al través de los que hemos citado antes se deja ya entrever la visión pesimista del mundo y de la

vida que tanto caracterizan al romántico. El “don de lágrimas” está presente aquí:

¿Por qué estoy sola llorando?

¿Por qué estoy sola viviendo?

¿Por qué pensando y ahondando mi sangre voy consumiendo?

¿Qué no se oyen mis lamentos?

¿Qué no se oyen mis clamores?

¿Que no, mis contentamientos, tienen sabor a dolores?

Habla de las penas, de las cadenas de desengaños, y dice que todo la atormenta; de sus noches de vuelos terribles, ele congojas y ele ansia; de que se está ahogando por dentro y los a yes se multiplican en los poemas.

t

Yo no hablo de la noche oscura, porque no hay sol; hablo de la noche negra, eterna, porque hay dolor.

La enamora la muerte y penetra, fascinada, en la sombra nocturna, donde vela rodeada de imágenes de pesadilla y de una soledad tan rigurosa que la hace exclamar:

Si vosotros sabéis lo que es la noche os ruego que entendáis mi oscuridad.

La luz la hiere los ojos y cuando sale a ella es sólo para ver un universo absurdo y desintegrado que no es posible reducir a ningún orden y en el que los átomos cambian arbitrariamente de signo:

Cada vez que a un camposanto llego por casualidad en vez de ver tumbas, veo vidas que viviendo están.

Cuando yo salgo a la calle y miro gente reunida me parece que dormida o muerta la gente está.

En vez de figuras creo muchas lápidas mirar y sus cuerpos imagino rígidos de eternidad.

Con esta predilección por lo macabro aumentan los síntomas del romanticismo que en ella

venimos observando. Y luego el materialismo de los poemas al polvo; la blasfemia, la irreverencia en las décimas a Dios. Todo esto la emparenta más con Manuel Acuña por ejemplo que con San Juan de la Cruz y Santa Teresa, con quienes se advierten semejanzas puramente formales. En las sucesivas publicaciones de Pita se encuentra una favorable evolución que va de la flojedad al rigor, tanto en el contenido como en la forma.

Los temas se precisan, se abordan más directamente, se llega a ellos con un flechazo más certero. Eliminando, como ella misma dice, llega a ese esquematismo que no hace jamás la menor concesión a la anécdota. A esa desnudez que no se viste con las galas de las imágenes ni de los sonidos agradables. Las escasas metáforas que encontramos en los primeros poemas son tan pobres, tan sorprendentemente inadecuadas que desde entonces no parecen viables y están condenadas a desaparecer. Y en cuanto al ritmo está lejos de la musicalidad y cerca del sonsonete; las consonantes son obvias, previsibles; los ripios abundantes. Pero con todos sus defectos esta poesía se salva por la tremenda sinceridad, por el apasionado y doloroso tránsito en las tinieblas, por el impacto emotivo que transmite, por el pudor con el que está velada la desgarradura de un espíritu inquieto que con una escalofriante decisión se sumerge en todos los abismos y regresa a la superficie para prestar testimonio de su dolorosa experiencia.

Después de las tres escritoras que hemos mencionado —Concha, Margarita, Guadalupe— y a las que podemos considerar mayores, hablaremos de las nuevas promociones. En la poesía de Concha, de la Michelena y de Pita hallamos tres tenden-

cias muy marcadamente diferenciadas y detrás de cada una de ellas encontraremos un número abundante de nombres, ninguno de los cuales ha destacado tanto ni se ha singularizado lo suficiente para que podamos ya hablar como quien juzga una obra hecha. Todas las demás sufren, además de las ya apuntadas, otras influencias, y ninguna ha alcanzado su voz propia. Ahí está por ejemplo Emma Godoy. Repite, con menor intensidad y perfección, el drama religioso de Concha. Se debate entre una inteligencia lúcida que la inclina al frío racionalismo y al análisis, y un fervor que bien gusta de los símbolos y de la liturgia y que largamente se nutre en las Escrituras y se plasma en poemas de correcta estructura, constelados de imágenes. Pausas y arena es el libro poético de Emma Godoy. Caín, el hombre , el drama alegórico en que sustenta sus teorías acerca del origen de la cultura y del “humanismo”; según ella todo saber es el resultado de una actitud satánica de rebelión contra los mandatos divinos, un laicismo, una irreligión.

En esta misma línea de Concha y Emma, que arrancan de la Biblia y en quienes lo religioso está fuertemente teñido de erotismo encontramos a Enriqueta Ochoa (Las urgencias de un Dios) y Gloria Riestra (Celeste anhelo), pero la juventud de ambas es excesiva para que cualquier juicio no sea apresurado ni parezca una arriesgada profecía. De un lirismo delicado e impreciso (al modo de Margarita Michelena) los poemas de Dolores Castro han ido concentrando cada vez más y mejor su emoción hasta ofrecernos en un apretado y breve haz de versos lo que pedía Valéry para un poema: una sensación de universo. Aquí el sentido de la naturaleza y del paisaje, el respeto al misterio de que el hom-

bre está rodeado, la reverencia trémula ante la belleza están mucho más próximas al modo de concebir la poesía de los indígenas (cuyo espíritu conocemos gracias a las traducciones del padre Ángel María Garibay K.) que a cualquier escuela europea. La familiaridad con la muerte es otra de las características más nuestras. Así dice Dolores Castro:

Desde que la probé

en el gran lecho de la muerte

quiero yacer.

Desde que la probé

voy buscando el regazo de la tierra

con ojos de semilla

para reverdecer.

Josette Simó, con mayor lirismo, ensaya los temas y formas que hicieron célebre a Pita. Un mayor sentido de lo agradable preside su escritura; una adjetivación novedosa y exacta, aunque menos intensidad y patetismo son las características de sus poemas.

Con todos estos nombres y los que en el teatro empiezan a destacar y a madurar; y con la pléyade de pintoras de mérito con las que contamos, bien podemos empezar a creer en la evolución cultural y la capacidad creativa de las mujeres mexicanas.

'

Declaración de fe terminó de imprimirse en abril de 1998, en Litográfica Ingramex, S.A. de C.V. Centeno 162, Col. Granjas Esmeralda, C. P. 09810, México, D.F. Cuidado de la edición: Guadalupe Tolosa y Freja I. Cervantes.



Otros títulos de esta colección:

EN LOS LABIOS DEL AGUA Alberto Ruy Sánchez

LOS NOMBRES DEL AIRE Alberto Ruy Sánchez

LOS CUADERNOS DE DON RIGOBERTO Mario Vargas Llosa

JUEGO LIMPIO Bárbara Jacobs

AMANECERES DEL HUSAR Eduardo Casar

MATERIA DISPUESTA Juan Villoro

CIELOS DE LA TIERRA Carmen Boullosa

LA NOCHE DE LAS HORMIGAS Aliñe Pettersson



alfaguara

ALFAGUARA

En este libro Rosario Castellanos reflexiona sobre la situación de la mujer en México, desde la raíz del mito prehispánico que la consideraba un ser de mal agüero, encarnación del mal, de la tentación y de la debilidad, hasta la revisión crítica y descarnada de la poesía y literatura escrita por algunas mujeres de su tiempo.

Asimismo, plantea que la crítica hacia la escritura femenina parte de la falsa tendencia a destacar la debilidad emocional de su sexo en vez de apuntar hacia la falta de un lenguaje propio. Como en toda la obra de Rosario Castellanos, en este ensayo, que se mantuvo inédito casi 40 años, se vislumbra una esperanza, ya que "podemos empezar a creer en la evolución cultural y la capacidad creativa de las mujeres mexicanas". Con este libro se consolida la visión crítica que Rosario Castellanos tiene de la mujer, pues este discurso es menos complaciente que muchas de sus páginas más conocidas.

Declaración de fe

Reflexiones sobre la situación de la mujer en México

textos de escritor

ISBN: 968-19-0377-03

